

EL CONJUNTO ARQUEOLÓGICO DE ALTO DE RODILLA (MONASTERIO DE RODILLA, BURGOS)

JOSÉ-ANTONIO ABÁSOLA
IGNACIO RUIZ VÉLEZ
ADELAIDA RODRÍGUEZ

Resumen:

El conjunto arqueológico de Rodilla (Monasterio de Rodilla, Burgos) representado por un grupo nutrido de yacimientos constituye un ejemplo de intensa ocupación del territorio ya desde la Prehistoria, como corresponde a una privilegiada situación debida a hallarse en la divisoria de aguas entre las cuencas del Duero (río Arlanzón) y Ebro (río Oca). Durante la época romana fue, asimismo, *mansio* en la vía romana que iba de *Asturica* a *Burdigala*. Entre los diversos materiales obtenidos en prospección se hace hincapié de modo especial en un conjunto de materiales -cuya cronología abarca la Primera y Segunda Edad del Hierro- correspondientes a un cementerio cuyas características se sitúan a caballo entre los cementerios protohistóricos del horizonte del páramo burgalés y la cultura metalúrgica de los poblados y necrópolis de la Bureba.

Abstract:

Rodilla (Monasterio de Rodilla, Burgos) offers a great variety of archaeological sites which show a typical example of long time settlements since Prehistory, due to the fact that it is located in a privileged geographical area between the Duero basin (Arlanzón river) and the Ebro one (Oca river). In Roman times it was even a *mansio* on the Roman road from *Asturica* to *Burdigala*. Among the remains found it is very important to mention those related to the First and Second Iron Age which belonged to tombs whose features are between the protohistoric cemeteries in Burgos moors and the metallurgical culture from the Bureba territory.

El Poblado de Rodilla

Las referencias a Monasterio de Rodilla en la literatura arqueológica han estado marcadas de modo primordial por la localización dentro de su término municipal de una ciudad, *Tritium*, citada en la relación pliniana (NAT. HIST., III, 27) dentro de la etnia de los *autrigones*; su nombre, además, se repetía como etapa en el Itinerario de Antonino en la vía de *Asturica* a *Burdigala* entre *Virovesca*, a XI millas, y *Deobrigula*, XXI millas más al occidente (Saavedra 1914, 81, 107; Blázquez 1916, 26, 29, 31). Como tal ciudad, eruditos e historiadores se preocuparon por sancionar esta atribución mediante la simple recogida de noticias acerca de los descubrimientos producidos, o bien mediante el registro de evidencias arqueológicas, de diverso carácter, en sus inmediaciones. Flórez y su biógrafo Méndez identifican *Tritium* en el cerro de Rodilla en donde “se hallan medallas antiguas, y una inscripción romana que se bajó 38 años há [c. 1728] al lugar, con el sol y la luna, que es romana, dedicación a Val. Flavio, etc.” (Flórez 1768 (1877), 164-165; Méndez 1860², 254) Ceán Bermúdez escribe “Se conservan en él las ruinas de su antigua población romana, y se desenterraron no hace mucho tiempo [c. 1832] acueductos de argamasa, monedas de colonias españolas, inscripciones de todas clases, y trozos de utensilios domésticos. Fue *Tritium* la octava mansión del camino militar que iba desde Astorga a Burdeos, y la novena de otro que salía también de Astorga y terminaba en Tarragona. Cerca de Rodilla, y por espacio de cinco leguas hasta media de Burgos, se extendía una antigua calzada muy pocos años hace, de la que no se si se aprovecharon para el nuevo camino. Constaba de cuatro hiladas de piedras, cascajo y tierra, y pudo muy bien haber sido un trozo de alguno de los dos caminos militares dichos” (1832, 183-184). Se trataba de una ciudad modelo en su género para Sentenach (1924, p. 158). Otras noticias más cercanas y, por ello, más precisas son las aportadas por Alonso quien refiere, en un espacio de kilómetro y medio de diámetro, el descubrimiento de *tegulae* y *terra sigillata*, silos, superficies embaldosadas, mosaicos de decoración sencilla y una conducción de agua (1972-1973, 217-219). Este autor mencionaría, junto a los epígrafes que citaremos más adelante, cinco monedas imperiales de esta procedencia que comprenden un denario de Trajano, un sestercio de M. Aurelio, otra atribuido a Filippo y dos tardoimperiales, una de ellas de Valente (Alonso, 1972-1973, 217-219). Por nuestra parte, hace tiempo reconocimos en el Alto de Rodilla material cerámico con producciones de vajilla de mesa romana, sudgálica y, preferentemente, hispánica (Abásola 1975, 86-88). En el museo de Burgos se hallan depositadas otras monedas con esta oriundez.

Recientes intervenciones acometidas con motivo de la instalación de un parque eólico nos han permitido ampliar esta información y queremos presentar en las páginas siguientes la relación de los asentamientos, de manera principal –por lo que a novedad se refiere– aquellos identificados de la Edad del Hierro así como el análisis de los principales materiales aportados por las intervenciones arqueológicas acometidas en la necrópolis del término conocido como Fuentesanz II.

Fijándonos en el emplazamiento de este poblado, conocido de manera general con el nombre de Alto de Rodilla entre Monasterio y Fresno, vemos cómo está constituido por un cerro destacado en lo más alto de la línea del páramo (1012 m.s.n.m.), culminación de una plataforma que rodea dicho cerro la cual está demarcada por profundos tajos debidos a la erosión fluvial. Este cerro y parte de la plataforma que lo rodea estuvieron ocupados antes de la época romana, durante la época del Segundo Hierro, como ya señalaba Passini (1987, 283). El autor francés advertía de que la superficie alcanzada por la ciudad de *Tritium* fue de 70 ha.,

medidas que se nos antojan desmesuradas tan sólo si las comparamos con otras ciudades de *Hispania*; nos parece más razonable una estimación de 40 ha. que, incluso algo generosamente, defendemos. Dos observaciones más en esta introducción: no hay que olvidar que la ocupación romana enmascara totalmente la prerromana restringida al cerro culminante (2,5 ha.) y una parte de sus alrededores; por otro lado, las necrópolis, de las que podemos identificar dos -una de la primera Edad del Hierro y otra de la Segunda-, tienen una relación visual con el poblado.

Durante la Edad del Hierro el poblamiento localizado en la comarca inmediata de la Bureba se distribuye por toda la cubeta tectónica de manera periférica en cerros de mediana altura que constituyen castros de una importancia relevante ya que todos presentan una extensión superior a las 2 ha. Peñas de Valcabado en Pancorbo, La Atalaya en Villanueva de Teba, Carranogal en Miraveche, La Cerca-Los Llanos en Villanueva de Teba, Peña Blanca en La Molina, El Milagro en Poza de la Sal, La Pedraja y El Somoro en Villafranca Montes de Oca, Valdemoros en Cerezo de Río Tirón, El Castillo en Ibrillos y El Castillo en Belorado son poblados destacados no sólo en extensión sino, además, en densidad de hallazgos. Otro es el panorama del sector central de la comarca en donde se observa en este período una marcada despoblación debido a la existencia de una densa capa boscosa, en su mayoría de tipo atlántico, en la que alternaron grandes claros con lagunas endorreicas (Neef 2000, 219-240).

Casi todos estos poblados coinciden asimismo, en cuanto al emplazamiento atañe, durante la Primera y la Segunda Edad del Hierro, e incluso desde el Bronce Final en algún caso, como Soto de Bureba. Cierto es que el poblado de La Cerca-Los Llanos en Soto es el único en el que se han realizado excavaciones arqueológicas (Parzinger, Sanz, Ruiz Vélez 1993, 315-354; Parzinger, Sanz 2000, 75-131) quedando probada la sucesión sin interrupción del hábitat desde el Bronce Final hasta la Romanización. Las excepciones serían Villafranca Montes de Oca y, precisamente, Monasterio de Rodilla, poblados en los que el primitivo emplazamiento de la Primera Edad del Hierro fue abandonado para ocupar otro, próximo pero distinto. En el caso de Monasterio de Rodilla un asentamiento de la Primera Edad del Hierro ha de situarse en el Cerro del Castillo, separado del Alto de Rodilla por el puerto de la Brújula, allí donde Campillo (1985-86, 223-228) localizó un poblado sobre una plataforma caliza de proporciones alargadas y estrechas, con doble muralla y estructuras tumulares externas que constituirían la necrópolis. Podría hablarse, como opina Sacristán (1998 e.p.), de un fenómeno de bipolarización. Ahora bien, el hecho de que se haya descubierto recientemente a este lado de Rodilla, otra necrópolis correspondiente a la misma fase de la Primera Edad del Hierro deja abierta la fundada presunción de que hubiera un asentamiento de la misma época y distinto del Cerro del Castillo, allí donde se asiente más tarde el *oppidum* autrigón y la ciudad romana, mansión de la Vía Aquitana, *Tritium*.

CATÁLOGO DE YACIMIENTOS¹

1. Ontanillas. Pequeña evidencia arqueológica que se encuentra en la parte inferior de una ladera del páramo, cerca del arroyo de Monasterio. El yacimiento se identifica por una

¹ Nuestro agradecimiento al Servicio Territorial de Burgos por permitirnos consultar el Inventario Arqueológico.

mancha de color negruzco-grisáceo con una superficie aproximada de 30,25 m². En superficie aparecen fragmentos de cerámica hecha a mano, de pastas oscuras y perfil grueso con mucho desgrasante calizo y arcilloso de gran tamaño. Algunas parecen tener un engobe de tonalidad rojiza. No se puede, con la escasa información obtenida en semejante muestra, determinar la naturaleza del yacimiento pero podría ser un “hoyo” típico de Cogotas I.

2. El Embid. Junto a la carretera local que parte de Monasterio de Rodilla hacia Temiño, al pie de un cerro y cerca de un arroyo. En superficie aparecen fragmentos de teja curva; también se encuentran algunos fragmentos de cerámica de difícil identificación, hecha a mano, de pastas de color oscuro con mucho desgrasante. Parecen corresponder estos hallazgos a dos etapas distintas: una que pudiera atribuirse al Bronce y otra, muy posterior, que correspondería al despoblado del que hablan Madoz (1848, 477) y Martínez Díez (1987, 55) y que en la documentación del siglo XIII figura como *El Embit*.

3. El Pradillo. Está situado sobre un cerro aislado cerca del arroyo Viguilla en cuya ladera sur-occidental se encuentra el yacimiento. El material arqueológico que se halla es exclusivamente de naturaleza lítica, elaborado en sílex, en el que predominan las lascas sin retoque y con restos de córtex. También se han encontrado restos de láminas. Correspondería a un yacimiento de obtención de materias primas, en este caso útiles de sílex.

4. El Crucero. Yacimiento abierto a ambos lados de la carretera de Monasterio a Temiño, junto al mencionado arroyo de la Viguilla. En superficie se recogen fragmentos de cerámica de pastas de color oscuro, cocción reductora y con desgrasantes calizos de tamaño grande. Aparecen algunos fragmentos con decoración incisa de líneas horizontales y verticales. Es difícil, con los datos presentes, determinar una asignación cultural pero es de presumir que estuviera dentro del Bronce o Primer Hierro.

5. Camino de la Granja. Se dispone en la cima de una loma amesetada. En superficie, fragmentos de cerámicas de características idénticas al caso anterior. También aparecen objetos líticos: lascas sin retoque, restos de talla y algunos fragmentos de láminas de sección triangular.

6. Las Coloradas. Ocupa otra superficie amesetada en la cima de la paramera, en un pequeño cerro. Los materiales arqueológicos se hallan por toda la superficie (150 m. de longitud, aproximadamente) y por la ladera Este. Los materiales son líticos correspondiendo a restos de talla, lascas con restos de córtex. También aparece cerámica de cocción reductora, de color oscuro, y gránulo de cuarzo de gran tamaño. Algunos fragmentos presentan un engobe rojo. La cerámica se presenta asociada a tierra más oscura.

7. El Cañal Grande. Su emplazamiento corresponde con la cima de una loma con una extensión a lo largo de 250 m. En el sector oriental hay fragmentos de cerámica a mano, de cocción reductora con desgrasantes grandes calizos y cuarcíticos. No se registran ejemplares con decoración. Es difícil identificar formas y periodo cultural. En el sector central y occidental hay materiales líticos de sílex, correspondiendo a restos de talla, lascas sin retoque y núcleos.

8. Fuente Chanal. Conciérne también a la cima de una loma prácticamente cuadrada de 110 m. de lado. Los materiales, tanto cerámicos como líticos, presentan las mismas características que en el caso anterior por lo que, unido a la escasa distancia que hay entre ambos, puede indicarnos una relación formal.

9. Km. 261,8. Es un yacimiento ya conocido puesto que apareció como consecuencia de las obras de ampliación de la carretera N-1. Corresponde a unos “hoyos” del Bronce Final.

El yacimiento fue dado a conocer por Uribarri (1975-77, 465-470) y sus materiales estudiados por Esparza (1978, 74-79). Campillo (1985-86, 224) relaciona algunos de los materiales de este yacimiento con los del castro de la primitiva *Tritium* en concreto el correspondiente a la Primera Edad del Hierro.

10. Cerro del Castillo. Se trata de un cerro elevado (1069 m.s.n.m.) de 700 m. de longitud por 100 de anchura, orientado en sentido NE-SO -que se engrosa considerablemente por el NE-, con una extensión estimada de 5,5 ha. Pertenece a un asentamiento habitado a lo largo de la Primera y Segunda Edad del Hierro. También quedan restos de un castillo medieval en uno de cuyos lienzos estuvo embutida una inscripción romana. En sus costados largos cuenta con defensas naturales, mientras que en los extremos se conservan apilamientos de roca y tierra que corresponden con sendos lienzos de muralla. Por el norte la muralla era doble con un foso precedente (Campillo 1985-86, 224-228) mientras que por el lado opuesto, el meridional, se franqueaba el paso mediante una puerta de acceso al recinto. En el interior de este recinto Campillo identifica construcciones circulares y rectangulares. En superficie se recogen algunos fragmentos de cerámica a mano y otros de factura celtibérica en pequeña cantidad, debido al manto herbáceo que la cubre. En dirección oeste se llegaron a identificar hasta 30 túmulos circulares de 3 m. de diámetro. A pesar de ser coetáneos este yacimiento, claramente ocupado durante la mayor parte de la Edad del Hierro, no es complementario del otro -y afamado- conocido como Alto de Rodilla.

11. Quintana del Valle. Se encuentra, al mediodía y al pie, del emplazamiento anterior. Corresponde a unas terrazas dispuestas junto a un arroyo, afluente del más principal arroyo Monasterio. En superficie se recoge cerámica torneada, plena y bajomedieval. También proceden de este yacimiento lajas de piedra que han sido reutilizadas en mesas y bancos del merendero de la ermita de Ntra. Sra. del Valle. Hay indicios, igualmente, de una necrópolis. El yacimiento se vincula con un despoblado, cuya iglesia sería la ermita románica, centro de un poblado denominado Quintana del Val de Monasterio en la documentación de 1222 (Martínez Díaz 1987, 128-129).

12. Alto de Rodilla. El más importante, siquiera por la extensión, del complejo arqueológico investigado. Este amplio yacimiento ocupa el espacio de un cerro (cota 1012 m. de altitud) con sus terrazas periféricas y las zonas llanas circundantes. Toda la superficie está ocupada por tierras de cultivo. Dos arroyos discurren por los lados a unos 500 m. en sentido sur-norte. Es un emplazamiento muy estratégico, de amplia visibilidad y con una extensión que puede llegar *in extenso* a las 70 ha., pero cuyo cogollo urbano rondaría las 10 ha. Su ocupación abarca desde la Primera Edad del Hierro hasta la época Bajomedieval intercalada con una destacada ocupación de época imperial romana como corresponde a la de la ciudad de *Tritium Autrignonum*. Según los resultados de los vuelos efectuados por Passini (1987, 281-287) pueden identificarse estructuras propias de esta trama urbana correspondiente a la etapa romana. En el Congreso celebrado en Burdeos en sept. de 2004 (“Villes et territoires dans le bassin du Douro à l’époque romaine”) F. Didierjean presentó los resultados de varios reconocimientos aéreos que, una vez publicadas las Actas del mencionado Congreso, ofrecerán un completo panorama de la red urbana explorada.

Los hallazgos prerromanos en Alto de Rodilla son numerosos, aunque mezclados con los romanos que, por fuerza, son más abundantes. Por lo que se refiere a aquellos hay que hablar de la cerámica celtibérica, de pasta de color anaranjado, bien tamizada, siendo frecuentes los bordes vueltos de “palo de golf” y de “cabeza de pato”. Tanto las formas como los temas decorativos pintados aluden a las dos grandes épocas celtibéricas, plena y tardía.

Relacionada con esta última fase estaría el hallazgo de unos torques de plata, con esquema de junco en forma de ocho, estudiados por B. Castillo (1986, 227-239) que se ha visto en relación con una posible ocultación de época sertoriana. En cuanto al material romano de superficie aparece como consecuencia de las labores de arada, mucha teja, *sigillata* altoimperial y bajoimperial (Drag. 36, 29/37, 4...), y en el borde sur-oriental de la meseta se recogen bastantes teselas, algunas de ellas vidriadas de color azul y verde. Hubo también un despoblado medieval en la cuesta de la Brújula citado por Madoz (1848, 477).

13. La Laguna. Pequeña vaguada próxima, al suroeste, del yacimiento anterior. Se sitúa en el comienzo de la ladera de la plataforma que rodea al cerro de Rodilla. En superficie se recogieron algunos fragmentos de TSH lisa. Fácilmente sea una estribación del yacimiento anterior.

14. El Portillón. Es un caso semejante al anterior: está en la misma vaguada, aguas abajo del arroyo a no mucha distancia. De nuevo aparece en superficie abundante teja y *sigillata*, ergo pudo estar en consonancia con el yacimiento principal, si bien en un contexto suburbano de *Tritium*.

15. Las Navas. Corresponde a un espacio llano delimitado al mediodía por un pinar. La superficie del yacimiento ocupa un espacio equivalente a 5 ha. En superficie se recoge teja, ladrillo macizo y *sigillata* hispánica lisa, destacando algunos bordes Drag. 37. También han aparecido fragmentos de cerámica común romana y, en algunos casos, de tradición indígena.

16. La Tenada. Zona ligeramente inclinada hacia el sur, a ambos lados del camino, cuya extensión parece alcanzar las 2 ha. a tenor de recientes prospecciones. Toda la superficie es tierra de labor y en ella se encuentran fragmentos de cerámica de color oscuro, cocción reductora, perfiles gruesos y grandes granulos de cuarzo y caliza como desgrasantes. También aparecen trozos de sílex, núcleos, y lascas sin retocar.

17. Prado Segar. Llamado así porque se encuentra al lado del arroyo con dicho nombre. El emplazamiento es un calco del yacimiento anterior, en una ladera de suave inclinación y con una extensión pequeña; los hallazgos son, empero, de naturaleza distinta en cuanto corresponden a fragmentos de teja, TSH y algunos otros atribuibles a producciones altomedievales.

18. Conejeras. Emplazamiento en ladera, de extensión muy pequeña pues en sustancia lo constituyen dos manchas negruzcas de 5 m. de diámetro. En superficie aparecen materiales muy heterogéneos entre los que destacamos lascas, un fragmento de molino circular, fragmentos de cerámica a mano sin decoración, TSH y un fragmento de cerámica medieval con decoración estriada.

19. Fuentesanz I. Yacimiento mojonera entre los municipios de Fresno, Monasterio de Rodilla y Santa María del Invierno. Una vez más estamos ante una superficie amesetada (a la misma altura que el emplazamiento principal autrigón-romano) que se desborda por la ladera sur-oriental. La extensión es de unos 400 x 250 m. En superficie aflora, ante todo, materiales romanos destacando las producciones cerámicas TSH y TSHT, abundante teja plana y curva, cerámica común y otros de difícil identificación que parecen posteriores. Estos últimos abonarían la posibilidad de que correspondiera con el despoblado del mismo nombre, aunque Martínez Díez (1983, 133) lo lleva a pagos de Santa María del Invierno.

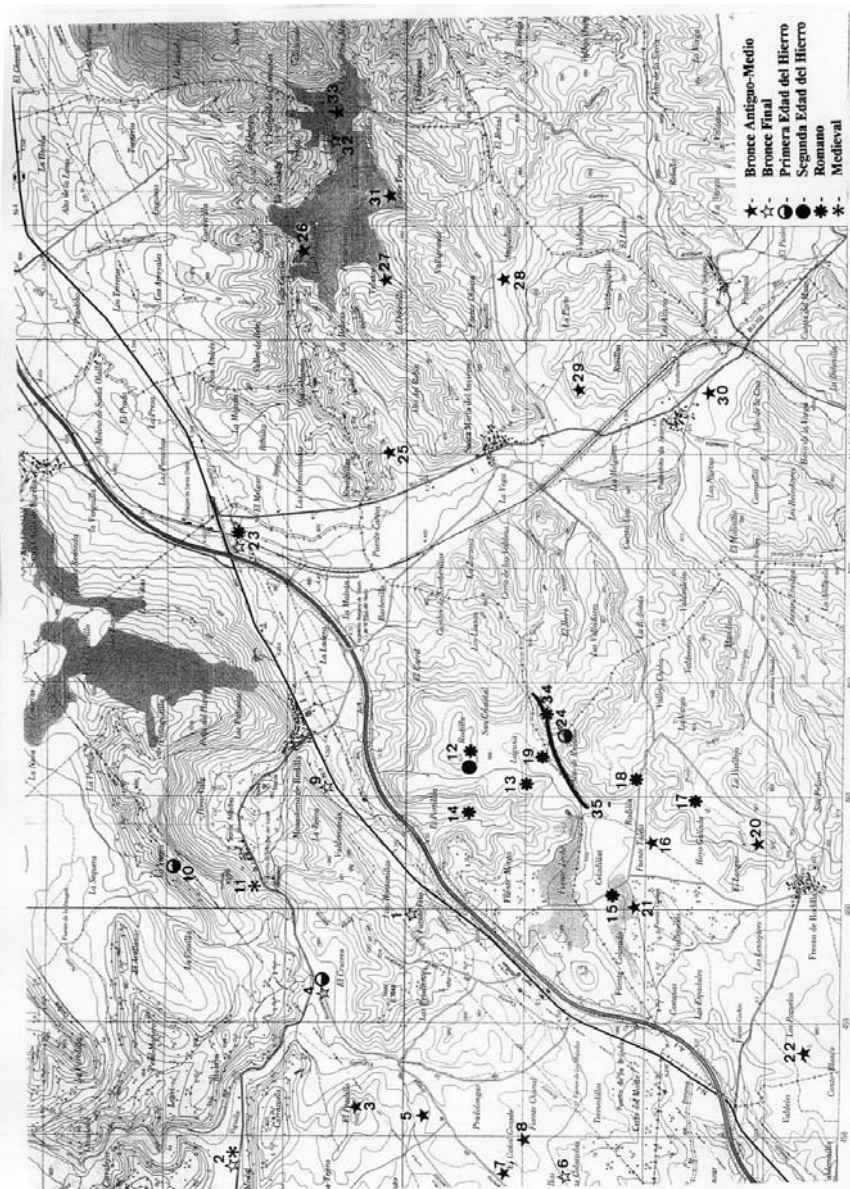


Fig. 1. Distribución de yacimientos en los alrededores de Monasterio de Rodilla.

20. Fresno II. Cerca de la localidad de Fresno, al norte, ocupando una pequeña extensión de unos 500 m². Es un terreno llano junto al arroyo de Prado en cuya superficie se han recogido algunos fragmentos de cerámica a mano, tosca, con desgrasante grueso calizo y fragmentos de sílex, una lámina, y otro fragmento con retoque simple cubriente, además de restos de talla.

21. La Brújula. Superficie de apariencia llana en la margen derecha del arroyo Fuente Romera, ligeramente basculada hacia el arroyo. Aquí se identificó una estructura tumular de 30 m. de diámetro y un perímetro de 170 m. aproximadamente y en su coronamiento puede distinguirse una depresión de 1 x 0,70 x 0,5 m. de profundidad (Uribarri 1975, 41; Abásulo, Ruiz Vélez 1977, 28; Campillo 1985, 56, 59).

22. Los Cercados. Es una extensión relativamente amplia (400 x 200 m.) de aspecto llano, levemente alterado por suaves vaguadas orientadas en sentido SO entre los arroyos Fuente Romera y Fuente Buena en la que parecen superponerse dos fases de ocupación; la segunda, romana, corresponde a su mayor extensión. En sectores localizados al norte, centro y sur de este yacimiento aparecen, junto al consabido material romano (sobre todo fragmentos de teja, cerámica altoimperial y bajoimperial) restos de talla de sílex, lascas, láminas y núcleos mezclados con hallazgos de cerámica de color oscuro, cocción reductora y mucho gránulo cuarcítico de tamaño mediano y pequeño.

23. La Presilla. Bastante afectado por la construcción de la autopista Burgos-Málaga se encuentra este yacimiento, cercano con la confluencia del arroyo Monasterio en el río Cerratón de la Pedraja. La vía férrea discurre por el lado Este. Su emplazamiento es el de un pequeño montículo de coronamiento plano que ocupa 1 ha. La ocupación humana parece responder a dos etapas y aunque los restos –excepción de las tejas- no son muy abundantes se puede reconocer un primer momento al que corresponderían las cerámicas reductoras de pasta de color oscuro con mucho desgrasante; otro sería de época romana, con *sigillata* hispánica (por ej. Drag. 30 del estilo de metopas). También aparece cerámica común romana.

24. Fuentesanz II. Necrópolis de la primera Edad del Hierro cuyo detalle veremos a continuación.

25. San Vicente I. Restos de ocupación localizados en la margen izquierda del arroyo La Dehesa en suelos de naturaleza arenosa-arcillosa. Ocupa una extensión de media hectárea. Los hallazgos se reducen a fragmentos cerámicos a mano, de paredes finas con desgrasantes también finos y, en algunos casos, con engobe rojizo.

26. Los Hoyales. Ocupa el borde de la paramera y parte de la ladera norte en una extensión de 150 x 100 m. A pesar de que la cobertera vegetal cubre la superficie y hace difícil la prospección se han detectado algunos fragmentos de cerámica a mano de color oscuro, de paredes gruesas y desgrasantes calizos y cuarcíticos. Algún fragmento presenta decoración plástica de cordones con impresiones de dedos.

27. Velasco. Este término, como el caso anterior, se halla en el borde de la paramera y en la ladera septentrional en cuya base discurre el arroyo Ampudia. Ocupa una superficie de 250 x 110 m. Los escasos restos reconocidos se reducen a fragmentos de cerámica de las mismas características que en el caso anterior. Probablemente ambos yacimientos, junto con los situados muy cerca en el páramo denominados *Fuente Terrada*, *La Berzosa* y *San Vicente* (distinto del n° 25), tengan algo en común entre sí, si bien de momentos diferentes.

28. Ampudia. Ampudia es un emplazamiento en el borde del páramo, en ladera y cerca del arroyo homónimo, en terrenos de naturaleza arenosa-arcillosa. Abarca una extensión de cerca de una hectárea. Destacan algunos fragmentos líticos de lascas sin retoques y otros cerámicos de características idénticas a las anteriores; en ocasiones presentan un engobe pardo.

29. Las Matas. Aguas abajo del arroyo Ampudia, en ladera. Ocupa una extensión de 250 x 100 m. Actualmente son tierras de labor y se han encontrado algunos fragmentos líticos y cerámica idéntica a los casos anteriores.

30. La Ermita. Al mediodía y a escasa distancia de la localidad de Piedrahita de Juarros, junto a la carretera y en la margen izquierda del río Cerratón o Pedraja. Como alude el topónimo hubo una ermita de la que sólo quedan algunas tejas aisladas en las tierras de labor. Ocupa una extensión de media hectárea. Los hallazgos son exiguos y están constituidos por fragmentos de lascas sin retoque y cerámica bastante similar a los casos antedichos.

31. Fuente Terrada. Ocupa el borde del páramo y ladera sur. Aquí hubo otro yacimiento que en la actualidad parece extenderse a lo largo de 450 x 11 m. Por la superficie arada aparecen algunas piezas de sílex y cuarcita correspondientes a lascas sin retoque. Los fragmentos de cerámica son más abundantes con las reiteradas características ya descritas previamente; algunas de ellas, con cordones plásticos e incisiones circulares.

32. La Berzosa. Próximo al anterior, con una extensión de 220 x 160 m. La cobertera vegetal hace que la prospección, una vez más, se limite a escasos restos distribuidos en mayor medida a lo largo de la ladera norte, en particular fragmentos de cerámica de características similares a las anteriores, algunos de ellos con cordones digitales.

33. San Vicente II. A poca distancia y al este del anterior, ocupando una extensión de 150 x 110 m. Corresponde a una tierra de cultivo cerca de un anemómetro allí instalado. Aparecen muchos fragmentos de cerámica de características similares a las anteriores pero en esta circunstancia sin decoración.

34. Fuentebeza. Proceden de este lugar dos inscripciones funerarias romanas.

35. Camino de los romanos. Sector de la vía romana que comunicaba la capital de Astorga con Tarragona y Burdeos. El sector mejor conservado se encuentra en dirección a Burgos, en el término de Las Mijaradas. Al recorrido tradicional (Abásolo 1975, 86-87) Arias sugiere la posibilidad de un empalme en Temiño (Arias 1991, 3-4).

LA NECRÓPOLIS DE FUENTESANZ II.

Desde luego constituye, por lo relevante de los hallazgos, el yacimiento de mayor interés. En cuanto a la topografía se refiere vaya por delante que, aunque hablamos de una necrópolis, cabe presuponer la existencia de dos cementerios puesto que los materiales que vamos a describir proceden de dos sectores: uno que corresponde al término denominado más arriba, y otro dispuesto más a poniente pero ya en la zona llana de la planicie en la que se situó la ciudad prerromana y romana. Estos materiales encontrados parecen responder a tres momentos: uno de finales de la Primera Edad del Hierro (siglo V), otro de comienzos de la Segunda Edad del Hierro (siglos IV y III) y otro ya hacia el final de este horizonte cultural (siglos II y I).

1. Caracteres físicos de la necrópolis. El acceso a la necrópolis se efectúa desde Fresno de Rodilla partiendo de un camino al noroeste de la población hacia la carretera N-I. Tras recortar un pinar y remontar una suave pendiente se desemboca en una planicie en donde, recorrido un kilómetro, se topa con la primera necrópolis. Medio km al noroeste y ocupando una pequeña superficie llana dispuesta en un nivel inferior se encuentra la segunda necrópolis. Por lo que respecta a la topografía se trata de un pequeño espigón orientado hacia el sureste, un espacio más o menos rectangular, de 250 x 30 m. aunque estas dimensiones no sean exactas ni tan siquiera regulares. Por el lado norte discurre un camino que, accidentalmente, marca el límite por esa parte. Por los otros sectores es la propia superficie amesetada la que define los límites del yacimiento aunque queda por determinar si se extendía por las laderas, lo cual no sería un fenómeno extraño habida cuenta de lo frecuente que fue la saturación de enterramientos en la superficie primigenia de esta clase de yacimientos.

Desde el punto de vista morfológico presenta unos rasgos que son relativamente comunes a otros ambientes funerarios del área celtibérica o, más genéricamente, de la Segunda Edad del Hierro. Para empezar, está en un lugar elevado. Por otra parte, es indudable que hay una relación visual entre el espacio de la necrópolis y el yacimiento o poblado que debió situarse en el pago denominado “Alto de Rodilla”, antes de su amortización por la ciudad romana, amén de los sectores más llanos del sur de dicho cerro. Otro rasgo de este tipo de yacimientos y que además es frecuente en toda la Edad del Hierro es hallarse cerca de lugares con agua, en el caso presente el Arroyo del Hoyo, de acuerdo con quienes defienden la importancia del agua en los ritos funerarios de este periodo (Sopeña, 1987).

Esta naturaleza “estandar” se ve afianzada por los restos materiales que se han recogido en ella. Su procedencia es dúplice: por un lado están los materiales que fueron cedidos al Museo de Burgos; por otro aquellos procedentes de una prospección superficial –y rápida– ante el conocimiento de que iba a ser instalada una batería de generadores eólicos. La inevitable realidad de esta obra pública ha conllevado el acometimiento de unas excavaciones arqueológicas de urgencia. Estas excavaciones serán las que pongan de relieve el valor general de la necrópolis aunque los materiales presentes tienen suficiente entidad como para calificar el yacimiento de singular.

MATERIALES ARQUEOLÓGICOS PROCEDENTES DE LA NECRÓPOLIS

Broches de cinturón:

1. Placa de cinturón romboidal (fig. 2, nº 3). Placa de bronce casi entera debido a que le falta el remate del garfio. Mide 61 mm. de altura y 40 mm. de anchura en la base. La anchura en el sector romboidal es de 39 mm. En la base, completa en el extremo, conserva tres pernos de hierro sin cabeza, con una longitud libre de 3 mm. que sería la anchura del cinto. Totalmente lisa.

2. Fragmento de placa de cinturón tipo Bureba. Parte inferior de una placa de bronce que corresponde al arranque de los calados hasta la base. Mide 80 x 48 mm. y 2’5 mm. de grosor. Está ligeramente deformada y presenta unos abultamientos debidos a la acción de fuego, probablemente de la pira funeraria. En la base llevaba cuatro perforaciones, en una de las cuales se conserva un botón tronco-piramidal. Debió estar en la presunta pira sobre otra pieza de hierro ya que por el reverso conserva restos de este mineral, doblándose en parte por esta causa. Los calados son de perfil biselado. La decoración está formada por una

cenefa periférica de tres hiladas de botoncitos: dos en el perímetro de los calados. En el sector proximal a la base discurren tres bandas paralelas transversales troqueladas; la inferior ofrece tres temas de círculos concéntricos, la central dos hiladas opuestas de triangulitos rellenos de tres botoncitos y la superior seis temas de círculos concéntricos.

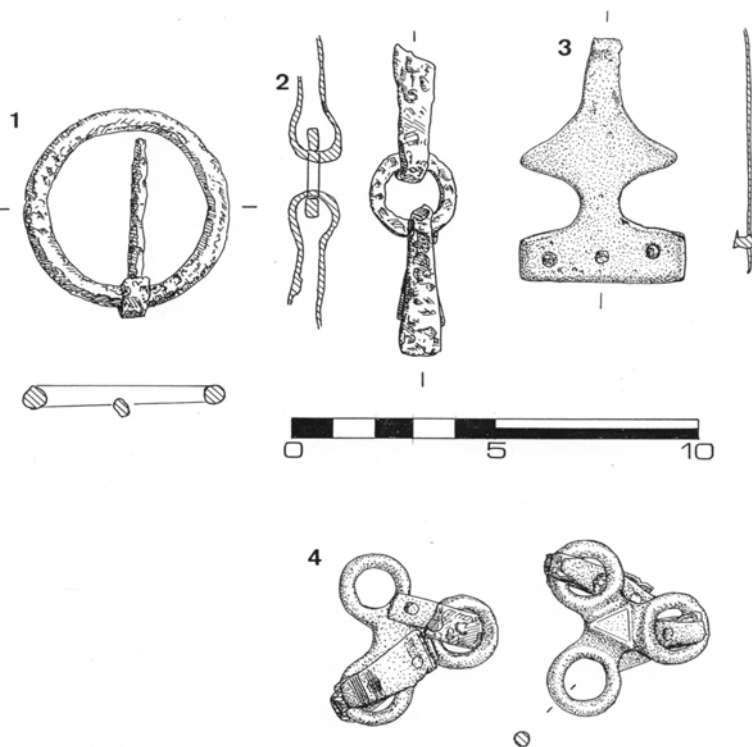


Fig. 2. Placa romboidal y agarradores

3. Broche de cinturón de doble anzuelo (fig. 3, nº 6). De bronce, formado por un hilo o junco de sección circular de 1'5 mm. de anchura doblado en paralelo cuyos extremos se incurvan para constituir el enganche. Mide 35 mm. de longitud y 17 de anchura en los cilindros. Cerca de los extremos lleva embutidos dos cilindros decorativos de perfil moldurado con una altura de 11 mm. y un diámetro de 7 mm. Desde los cilindros hasta casi la incurvación se enrolla un hilo que sirve como decoración pero también para que no se abra la pieza.

4. Broche de cinturón de doble anzuelo (fig. 3, nº 8). De bronce, roto por la mitad. Mide 48 mm. de longitud. El hilo o junco es de sección romboidal y presenta por las cuatro caras una línea incisa longitudinal. Cerca de los ganchos van sendos elementos decorativos formados por dos piezas ovoideas, de 19 x 12 mm., que han sido embutidas en el junco. En su parte más ancha discurre una banda decorativa formada por un reticulado muy fino enmarcado por dos líneas incisas.

5. Fragmento de broche de cinturón de doble anzuelo (fig. 4, nº 4). Constituye la mitad de la pieza. Mide 45 mm. de longitud. El junco es de sección romboidal, como el caso anterior. El apéndice decorativo está formado por una pieza ovoidea lisa de 31 x 12 mm.

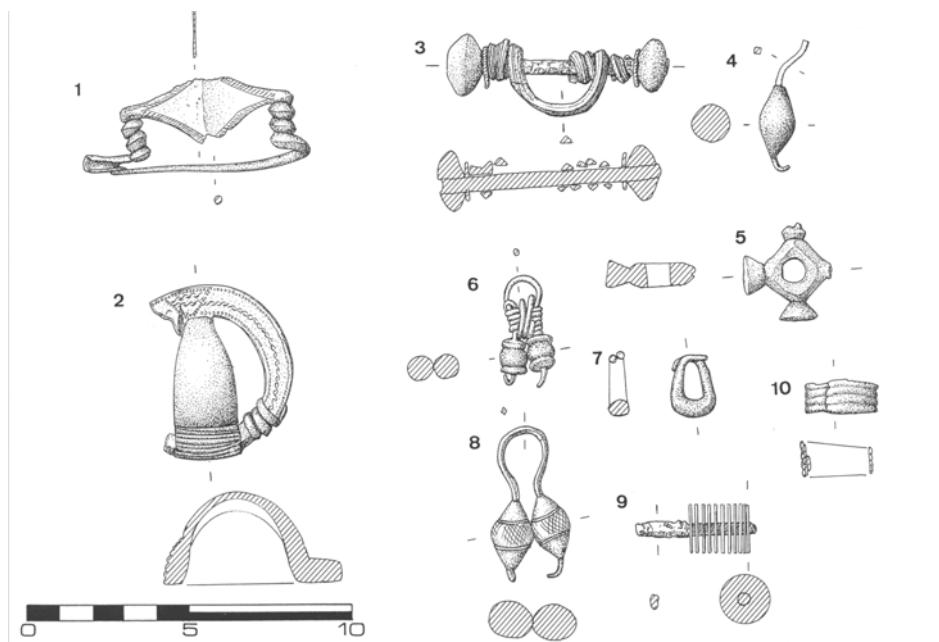


Fig. 3. Fibulas, broches tipo anzuelo y otros elementos de bronce

Placas:

6. Fragmento de placa rectangular (fig. 5, nº 2). Hecha en bronce. Mide 57 mm. de longitud y 50 de anchura. Se dobla por la zona distal. En la base presenta dos perforaciones cerca de los bordes en una de las cuales se mantiene un fragmento de hierro del perno; precisamente se conserva la impronta de la cabecera de ese perno, de 7 mm. de diámetro. Por el reverso presenta restos de mineral de hierro; probablemente de alguna placa transversal de refuerzo. La decoración se reduce a dos cenefas en los lados largos formadas por una banda de tres temas troquelados: en el centro discurre una línea de eses dibujadas de un trazo formando una especie de sogueado; por los laterales, sendas hiladas de líneas paralelas ligeramente oblicuas con la intención de constituir, entre ambas, un nuevo sogueado. El resto de la placa está liso.

7. Fragmento de placa rectangular (fig. 4, nº 3). Corresponde a la parte inferior y está hecha en bronce. Mide 81 x 42 mm. El grosor no llega a un milímetro, por eso en el reverso llevó dos láminas longitudinales de hierro de refuerzo de las que se conserva el fragmento de una de ellas. Presenta abolladuras y remodelados debidos a la acción del fuego, de nuevo recuerdo de la pira funeraria. En la base tiene tres perforaciones para el enganche al cinto. Conserva el botón central con perno de hierro. La cabeza del botón, que es de bronce,

es de forma semiesférica, de 15 mm. de diámetro. En el centro de la parte conservada lleva otro botón (decorativo) con cabeza esférica de 6 mm. de diámetro sobre una arandela decorada con círculos concéntricos. En la parte superior se dispone una hilada transversal de tres botones idénticos al anterior; el central, desaparecido, conserva la arandela idéntica al caso anterior siendo igualmente decorativo; los laterales sirven para ensamblar las láminas de hierro del reverso. La decoración parece estar formada (no se aprecia bien por las malas condiciones de conservación) por una banda que discurriría por todos los lados, mediante tres líneas incisas algo separadas.

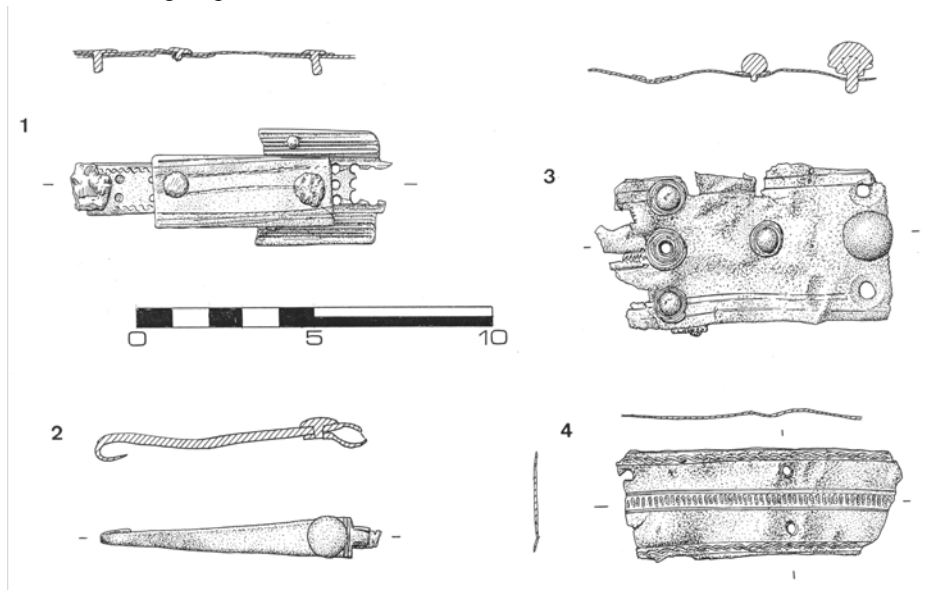


Fig. 4. Placas de cinturón

8. Fragmento de placa rectangular (fig. 4, nº 4). De bronce, rota por ambos extremos. Mide 76 mm de longitud conservado por 29 mm. de anchura. Su anchura es inferior a un milímetro. Está algo doblada y abollada pero no por la acción del fuego. Conserva unas perforaciones para pernos, dos en un extremo y otros dos hacia el centro, que servían para enganchar la/las lámina/s de hierro de refuerzo del reverso. En el anverso ha quedado la impronta de la cabeza del perno que mide 11 mm. de diámetro. La decoración se dispone en tres bandas. La central está formada por un troquelado de tres botones flanqueado por dos líneas incisas. Las bandas laterales, idénticas, están constituidas por una tema de sogueados de dobles eses flanqueado por sendas líneas incisas.

9. Tres fragmentos de placas montadas (fig. 4, nº 1). La placa central ha servido para recomponer a las otras dos pero, ciertamente, no son simétricas. La inferior, que es la más ancha, está rota por ambos extremos. Mide 75 x 33 mm. de anchura. En el reverso llevaba dos láminas de hierro longitudinales por los laterales que eran de refuerzo. En el centro dispone un agujereado regular a base de hiladas en series de tres; en los laterales, sendas bandas anchas de siete acanalados longitudinales. En la parte inferior la anchura de

esta placa se reduce a poco más que el sector del agujereado. La placa del otro extremo mide 40 por 15 mm. aunque no está entera. En la base, un perno de hierro ensambla a la placa común y, por el otro extremo, otro perno de hierro que unía a una placa de hierro por el anverso. La decoración está formada por sendas cenefas periféricas de una hilada de eses ejecutadas con un trazo. La placa que une a las dos anteriores también es de bronce, de 51 x 21 mm. Por el anverso mantiene los dos pernos de hierro de enganche. Está lisa, salvo dos líneas de trazado irregular por los laterales.

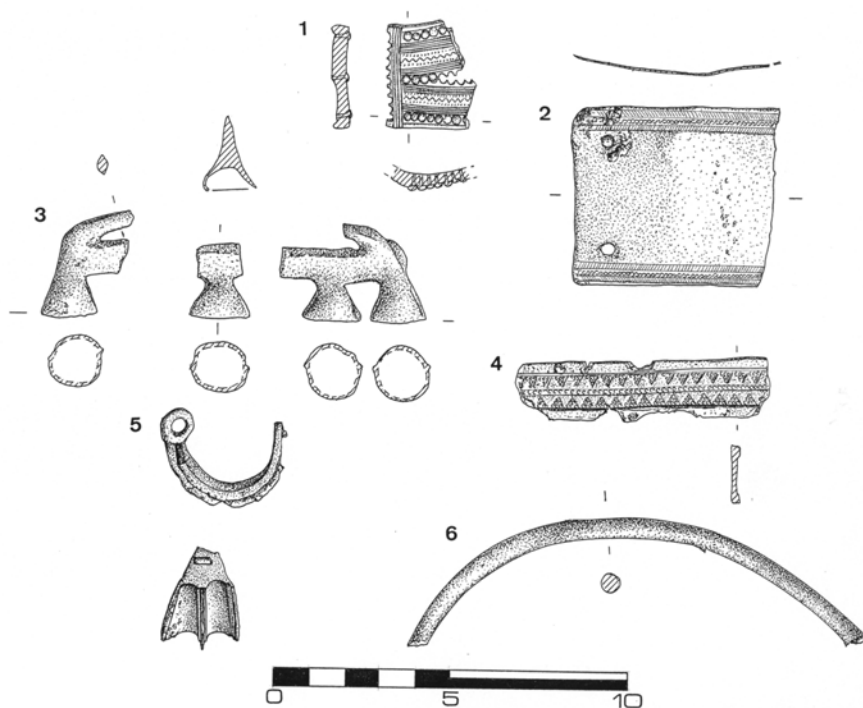


Fig. 5. Diversas piezas de bronce

10. Lámina de bronce (fig. 5, nº 4). Mide 69 por 15 mm. No conserva restos de hierro en el reverso. La decoración se dispone en la mayor parte de su superficie sobre un marco rebajado. Está formada por una línea central de botones enfilados y, a ambos lados, otra hilada troquelada de triángulos rellenos de seis botoncitos.

11. Lámina de hierro (fig. 6, nº 4). 48 mm. de anchura por 30 mm. de altura. Dispone, en sentido longitudinal, de unas molduras que definen unas camas donde van las improntas de troquelados de dos botones, bien sobre el propio hierro o sobre una laminilla de bronce superpuesta ya que no hay indicios aparentes de metal de hierro. Por los lados estrechos se interrumpen las molduras dejando una banda lisa, probablemente porque sea uno de los sectores transversales de una vaina de puñal del tipo Villanueva de Teba.

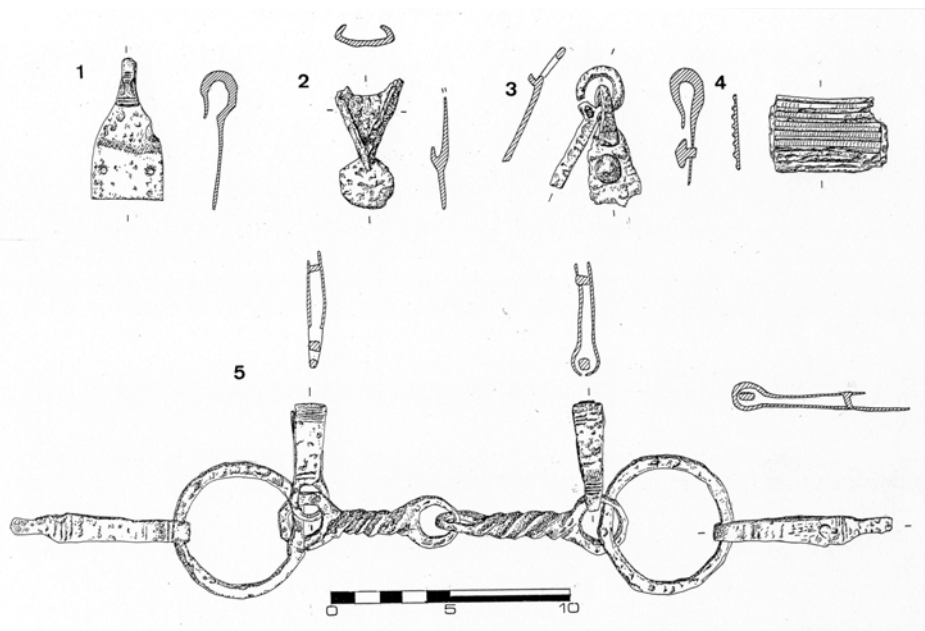


Fig. 6. Diversos elementos de arreos de caballo y otros objetos

Fíbulas:

12. Fibula de doble resorte con puente romboidal (fig. 3, nº 1). De bronce cuyas medidas son 63 mm. de longitud y 25 mm. de altura en el puente (se conservan 22 mm.). El puente está formado por una lámina fina de forma romboidal con una decoración formada por una banda periférica de fino sogueado inciso. Los dos resortes están compuestos por cuatro espiras cada uno de sección triangular. La aguja, de sección circular, tiene 82 mm. de longitud y va sobre la mortaja. Dicha mortaja conserva 15 mm. de longitud en la que aparece una fractura ya que debió terminar, probablemente, en un apéndice de botón.

13. Fibula anular hispánica de puente ancho abombado (fig. 3, nº 2). Pieza de bronce de 54 mm. de diámetro del anillo y 23 mm. de altura en el puente. Está hecha a molde. Falta la mitad del anillo y del resorte. El anillo es de sección rectangular (8 x 5 mm. en la cabecera, que se va reduciendo hacia el pie), no circular y, por la cara superior, dispone de tres finas hiladas (una central y dos laterales) de “eses” ejecutadas de un trazo a modo de sogueado. En el pie se dispone la mortaja sin más elementos. En la cabecera aparece una especie de cartela decorada con siete líneas o acanaladuras finas dispuestas en sentido transversal. Del resorte conserva únicamente cuatro espiras en el lado izquierdo con el arranque de la ballesta que iba al otro lado. El hilo es de sección casi semicircular. El puente, que mide 21 mm de anchura máximo en el centro y 41 mm. de longitud, está completamente liso. Bajo la mortaja, y en el ángulo inferior del anillo, presenta siete muescas oblicuas paralelas.

14. Puente de fibula (fig. 5, nº 5). Manufactura en bronce, probablemente de una fibula de cazoleta. Mide 34 mm. de longitud y 25 mm. de altura. La anchura máxima en el

centro es de 21 mm. Forma un arco ultrasemicircular peraltado. En la cabecera se halla la perforación para el pasador, de 8 mm. de diámetro. En el reverso es de forma convexa y por la cara superior presenta tres molduras, una central y dos laterales, con un ligero retranqueo en el arranque. Estas tres molduras definen unos espacios rebajados que, en vez de ser planos, son cóncavos. El remate de las molduras está roto por lo que hay que pensar que llevaba algún elemento decorativo más, quizás un sogueado. Del lado del pie no se conserva nada salvo un pequeño apéndice que era el que unía la cazoleta al puente. Está hecha a molde con retoques mecánicos.

15. Fragmento de puente de fibula anular hispánica de puente ancho uniforme (fig. 5, nº 1). Fragmento de bronce del arranque del puente en la cabecera. Se rompió a la altura de la hilada superior de botoncitos de la cabecera por lo que resta toda la serie de perforaciones donde iban los roblones. Aproximadamente es la mitad del puente. La longitud conservada es de 22 mm. y la anchura de 28 mm. El grosor es de 5 mm. pero está rehundida por el reverso y asoman las perforaciones de los roblones. La cara superior está decorada. En el centro y los laterales discurre una hilada longitudinal de robloncitos de cabeza aplanada que define dos espacios decorados con temas troquelados. En cada espacio van líneas paralelas y una banda de “eses” enmarcada por una hilada de punzonadas.

16. Pasador y ballesta de una fibula de cazoleta (fig. 3, nº 3). El pasador es de hierro, de sección circular y longitud de 67 mm. El diámetro de la sección es de 5 mm. En los extremos van sendos elementos decorativos de bronce consistentes en unos elementos ovoidales de bronce de 16 y 8 mm. de diámetro respectivamente. Una de ellas es ligeramente mayor. Entre estas bolas y el muelle discurren arandelas de bronce con el borde sogueado. Llevaba dos ballestas: una exterior decorativa con dos espiras a cada lado que iba por los extremos, y otra interior –la que se conserva– también con dos espiras. El hilo, tanto de la aguja como de las ballestas, es de sección triangular. Se aprecia la impronta sobre el hierro de la perforación de la cabecera de la fibula.

Arreos de caballo. Todas las piezas del arreo de caballo presentan huellas muy evidentes de haber sido utilizadas. En el caso del bocado, el desgaste fue tan acusado que produjo su rotura.

17. Bocado (fig. 6, nº 5). Pieza de hierro formada por un doble cañón y dos camas circulares. Los dos cañones, que están fijos y articulados, presentan un desarrollo estriado y miden cada uno 80 mm. de longitud. Las camas tienen un diámetro de 56 mm. Son de sección rectangular y miden de promedio 5 x 4’5 mm. Del extremo de los cañones arrancan sendos agarradores simples de 45 mm. de longitud cada uno. También arrancan de las camas agarradores de 75 mm. de longitud y 13 mm. de anchura en la base donde, a modo de apéndice, se reduce. Todos los agarradores están formados por una chapa que se dobla sobre sí misma con engrosamiento en el lugar del enganche, como es habitual.

18. Enganche triple (fig. 2, nº 4). Es una pieza de bronce de tres anillas unidas que definen un espacio triangular resaltado mediante una línea incisa. Estas anillas miden 14 mm. de diámetro exterior y 10 mm. el interior. De dos de ellas arrancan agarradores simples de bronce de 27 mm. de longitud y 10 mm. de anchura. Dos pernos de hierro sujetaban estas piezas a la correa. Probablemente sea un conjunto de piezas que corresponda al petral o a la cabezada en la parte de la frontalería.

19. Anilla con agarradores (fig. 2, nº 2). Útil de hierro formado por una anilla de 21 mm. de diámetro exterior y 18 mm. de diámetro interior. La anilla es de sección rectangular. De ella arrancan dos agarradores simples e iguales de 31 mm. de longitud formados por una misma lámina que se dobla.

20. Anilla con agarradores (fig. 6, nº 3). Asimismo de hierro con una anilla de 20 mm. de diámetro exterior y 10 mm. el interior. De ella salen dos agarradores: uno sencillo de 34 mm. de longitud formado por lámina de 6 mm. de anchura y de sección semicircular, y otro de lámina más ancha, 21 mm., que forma únicamente uno de los lados y el gancho. Conserva un perno de hierro para fijar a las correas.

21. Anilla con gancho (fig. 2, nº 1). Es una anilla circular de hierro de 50 mm. de diámetro, de sección circular de 5 mm. Arranca de la misma una aguja de sección circular y 45 mm. de longitud conservada, que se sujeta a la anilla a través de una doblez con la que cierra. Este doblez es de sección laminar.

22. “Sujetarriendas” (fig. 5, nº 3) Componen esta pieza, de bronce, tres fragmentos sin que sea seguro que correspondan a la misma pieza. El “sujetarriendas” estaría formado por una barra sobre la que va una estructura de sector de círculo. Bajo la barra van cuatro conos huecos. Todos estos elementos forman una sola pieza moldeada.

Piezas correspondientes al sistema de enganche del cinto y del puñal:

23. Remate de un enganche (cara posterior) (fig. 6, nº 1). Pieza casi triangular de hierro del remate de un sistema de enganche. Está formada por una placa de 5,9 mm. de longitud y 2’8 mm. de anchura en la base. Se dobla en el vértice creando un gancho que acaba precisamente donde empezaría una pieza simétrica de bronce. Presenta dos perforaciones cerca de la base. Estas piezas corresponden al sistema de enganche de algún puñal al cinto.

24. Contera (fig. 6, nº 2). Remate de una contera de hierro con el final de la vaina de forma triangular. La contera es un disco macizo de 22 mm. de diámetro y grosor de 1,5 mm. La base de la contera es maciza por un lado pero, por el otro, llevaría una placa superpuesta. Pudiera tratarse de un puñal, *pugio*, romano.

25. Anillo (fig. 3, nº 10). Bronce, de 21 mm. de diámetro, formado por una fina lámina de 10 mm. de anchura. La laminilla está doblada sobre sí misma y remachada con un roblón, igualmente de bronce. La decoración consiste en tres acanalados paralelos y longitudinales cóncavos que recorren toda la pieza.

Otras piezas metálicas:

26. Garfio (fig. 4, nº 2). Placa de bronce triangular de estrecha base. Mide 77 mm. de longitud y 11 mm. en la base; 2 mm. de grosor. Adopta la forma de un garfio de 6 mm. de longitud. El sistema de enganche consiste en un pliegue doblado sobre sí mismo en la base y remachado con un roblón de bronce de 11 mm. de diámetro, de cabeza de cúpula muy rebajada. En la base la lámina se estrecha hasta 5 mm. Al final de la base aparecen dos finos acanalados transversales.

27. Brazaletes o torques (fig. 5, nº 6). Fragmento de bronce macizo, casi recto, que mide, una vez desdoblado, 148 mm.; en uno de los extremos aparece calado, probablemente para embutir el otro extremo. No presenta decoración. El junco es de sección circular, con un diámetro de 5’5 mm.

28. Apéndice de bronce (fig. 3, nº 9). Pequeña pieza formada por un eje de hierro de 36 mm. de longitud, de sección circular y 6 mm. de diámetro. En la parte superior se disponen once discos de bronce, finos, de 16 mm. de diámetro, ligeramente separados y situados todos a la misma distancia. Podría ser el remate de una pieza o quizás una virola de un puñal o espada.

29. Arete de morcillón (fig. 3, nº 7). Pieza de bronce de 20 mm. de altura y 10 mm. de anchura. Está formado por un junco cuyo mayor grosor (6 mm.) corresponde a la base, para reducirse hacia la parte superior, donde los extremos se cierran sobre. Acaso fuera un elemento de suspensión del torques nº 24. Está liso.

30. Aplique o remate de bronce (fig. 3, nº 5). Pieza de bronce formada por un cuadrado de 17 mm. de longitud y 7 mm. de grosor. En tres de los extremos presenta unos apéndices troncocónicos de base ovoidea de los que falta uno. En el otro extremo parece arrancar un soporte de hierro. En el centro de la pieza hay una perforación circular de 7 mm. de diámetro. Totalmente liso.

Objetos de piedra:

31. Bola de piedra (fig. 7, nº 1). Bola o canica de desarrollo regular, sin decoración. 27 mm. de diámetro.

32. Bola de piedra (fig. 7, nº 2). Desarrollo regular, sin decoración. 24 mm. de diámetro.

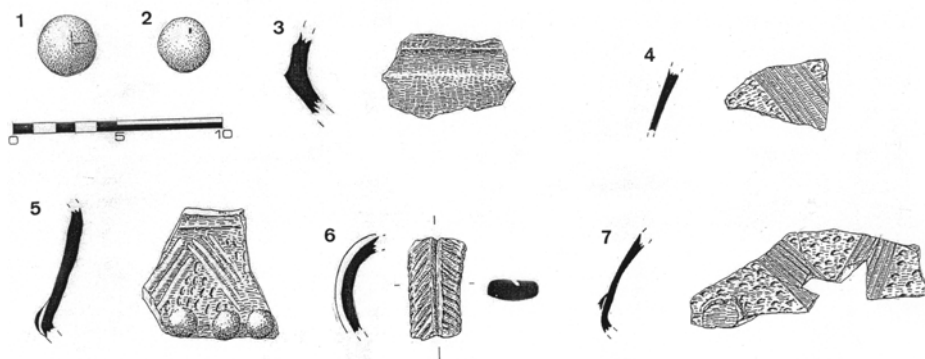


Fig. 7. Bolas de piedra y fragmentos de urnas.

Fragmentos de cerámica:

La cerámica escasea, reduciéndose los hallazgos aproximadamente a una decena. No han aparecido muestras de época celtibérica y las existentes son de pastas de color oscuro, negruzco, con abundante y grueso grano desgrasante, tanto calizo como calcítico. Hemos de entender que algunos fragmentos corresponden, por tipología, a urnas, y otros a vasos de acompañamiento funerario.

1. Urna (fig. 7, nº 5). Fragmento de urna correspondiente al cuello, troncocónico, y al arranque de la carena. Es de pasta de color pardo, a mano, poco consistente y con mucho desgrasante. La decoración se dispone en todo el cuello a base de bandas oblicuas de líneas paralelas formando triángulos que aparecen rellenos con impresiones ejecutadas con un objeto de punta roma. Sobre la carena van tres mamelones troncocónicos en hilada.

2. Urna (fig. 7, nº 7). Tres fragmentos que ensamblan, pertenecientes al cuello troncocónico de una urna, del mismo tipo que la anterior, con el arranque de la carena. La pasta es de color pardo claro con mucho gránulo y elaborada a mano, de poca consistencia. Todo el cuello debía presentar un tema de bandas paralelas incisas oblicuas formando triángulos que, en este caso, se rellenan con impresiones casi circulares. Conserva restos del empaste circular de un mamelón grande.

3. Urna (fig. 7, nº 3). Pequeño fragmento que corresponde al final inferior del cuello y el arranque de la panza con la carena. Conserva el acanalado inferior del cuello el cual no tiene decoración. Es de pasta de color oscuro, a mano, poco compacta y con mucho gránulo. Este fragmento, levantado por la reja del arado, apareció mezclado con huesos calcinados.

4. Cubilete (fig. 8, nº 3 y 4). Dos fragmentos que suponemos de un mismo vaso –un cubilete de paredes ligeramente abiertas– por las características de la pasta: Es de factura poco cuidada, de color oscuro con mucho gránulo calizo y cuarcítico. Todo el labio presenta unas impresiones transversales. En el cuerpo se dispone un tema en espiga de factura muy basta. Correspondería a un vaso de acompañamiento.

5. Asa (fig. 7, nº 6). Dos fragmentos de un asa de pasta de color negruzco, con mucho gránulo calizo, y poco consistente. Longitudinalmente se dispone una gruesa incisión junto con otras, menos marcadas, que a modo de espiga flanquean ambos lados.

6. Asa con anilla (fig. 8, nº 2). Fragmento de un asa de pasta de color pardo claro con poco gránulo en la que iba embutida una anilla, igualmente de barro, de las mismas características.

7. Vaso globular (fig. 8, nº 1). Vaso globular de pequeño tamaño, de pasta de color negruzco con mucho gránulo y pasta poco compacta, hecho a mano. A lo largo del borde presenta un tema de impresiones transversales y, en el cuello, una hilada de impresiones de tamaño diverso. En el arranque de la panza se observa un tema metopado de incisiones grandes, rectas, dispuestas oblicuamente.

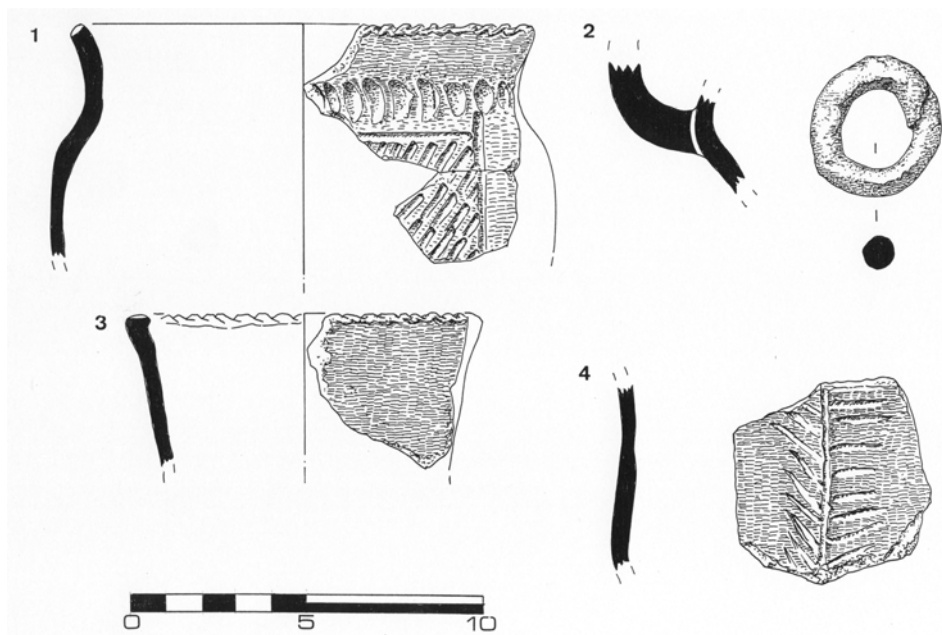


Fig. 8. Vasos de acompañamiento funerario.

ESTUDIO DE MATERIALES

Este lote de materiales abarca, en principio, un amplio marco cronológico que comprende desde el promedio de la Primera Edad del Hierro hasta bien avanzada la Segunda Edad del Hierro, incluso en algún ejemplar la época Romana como bien pudiera ser la contera del puñal aludido anteriormente (fig. 6, nº 2). Los primeros momentos de la necrópolis vendrían definidos por tres piezas: el broche romboidal, de escotaduras abiertas y un solo gancho (fig. 2, nº 3), el arete de morcillón de un collar de junco hueco (fig. 3, nº 7), y la fíbula de doble resorte con el puente romboidal (fig. 3, nº 1), amén de algunas cerámicas específicas por sus formas carenadas y decoración (fig. 7, nº 3, 4, 5 y 7). A la Segunda Edad del Hierro pertenece un mayor número de materiales, destacando algunos elementos como el puñal (fig. 6, nº 1), la placa de tipo Bureba, los broches de doble anzuelo (fig. 3, nºs 4, 6 y 8), y el resto de las fíbulas (anular hispánica de puente ancho abombado, anular hispánica de puente ancho uniforme, de cazoleta, resorte de doble ballesta –fig. 3, nºs 2 y 3; fig. 4, nºs 1 y 5-). Los arcos de caballo, como el bocado, pasador, agarradores y posible petral (fig. 2, nºs 1, 2 y 4; fig. 6, nºs 3 y 5), también corresponderían a estas fechas recordando ambientes definidos tanto por Miraveche como por Villanueva de Teba. Las placas de bronce (fig. 4, nºs 1, 3 y 4) que completan las piezas metálicas presentan las características típicas de este tipo de producciones de la Bureba durante la Segunda Edad del Hierro.

Entre los materiales específicos de la Primera Edad del Hierro tenemos un *broche de cinturón romboidal o de escotaduras abiertas* (fig. 2, nº 3). No presenta decoración, por lo que, de acuerdo con la tipología de Cerdeño, corresponde al modelo *CIV.1* (1978, 284-285, fig. 8) y al *BIA1* de Lorrio (1997, 216, fig. 89 y 90). Mientras que este tipo de piezas abunda en los territorios del alto Jalón y alto Tajo, amén del ámbito ibérico, en las tierras del Duero es menos frecuente como tampoco es habitual en el valle alto del Ebro (Castiella, 1977, p. 281-282, lam. XXIV). Se encuentra en contextos celtibéricos antiguos en torno al siglo V y comienzos del IV a.C., es decir, en la *Fase I* de García-Soto (1990, 30), en la *Fase II A* de Lorrio (1994, 226-228; 1997, 158-167) o en el *Celtiberismo Antiguo* de Cerdeño y García Huerta (2001, 157, fig. 3) que se remonta al siglo VI. Por tanto hemos de ver a esta pieza como un objeto de importación que llegaría a estas tierras a través del corredor del Ebro. Quizás pudiera guardar relación –por su similitud– con el broche del vecino yacimiento de Lara de los Infantes (Schüle, 1969, Taf. 155, 25). Esta clase de pieza debió convivir con los primeros ejemplares del tipo Bureba que aparecen en la necrópolis tumular de La Polera (Ubierna), fechada también en esos momentos del siglo V a.C.

La *fibula de doble resorte con el puente romboidal* (fig. 3, nº 1) es una pieza que corresponde a los mismos contextos que la pieza anterior, ya que ambas tienen un origen mediterráneo y llegan a la Meseta y tierras altas del Ebro en fechas similares. Conciérne al *Modelo 3* de Argente (1994, 51-58) caracterizado por presentar el puente en forma de “losange”, correspondiendo a la *variante C* de dicho autor. Es una de las piezas con mayor difusión en toda la península y, por ello, de gran variedad. Próximos a La Bureba están los numerosos hallazgos habidos en las excavaciones del castro-necrópolis de Lara de Los Infantes (Luis Monteverde, 1958, 194) donde, incluso, se descubre un ejemplar con el puente rómbico; también han aparecido fibulas semejantes en tierras alavesas como en La Hoya, Peñas de Oro y Kurtxemendi. Argente (1994, 57) sitúa la *variante C* en un marco cronológico que abarca desde finales del siglo VI hasta los últimos años del siglo V. Esta cronología es la que corresponde, aparte de los ejemplos citados, al conjunto tumular antedicho de Ubierna.

A este mismo contexto pertenece el *arete de morcillón* (fig. 3, nº 7) que iría asociado a un collar de junco hueco, como es habitual. Los colgantes amorcillados de las ajorcas son de dos tipos, huecos o bolsiformes y macizos. Los primeros fueron piezas aisladas, usados también como colgantes; sin embargo los macizos suelen aparecer ensamblados o asociados al junco hueco. Estos collares pudieron ir colocados tanto en el brazo como en el cuello, o en el tobillo. En la necrópolis burgalesa de La Polera, están presentes en tres túmulos: el nº 51 con casi todo el junco y 8 aretes; el nº 59 con fragmento del junco y 5 aretes; por último el nº 130 con fragmento del junco y 2 aretes. En el caso –el más completo– de la tumba 51 de la misma necrópolis de Ubierna encajaría mejor debido a su diámetro en el brazo o en el tobillo que en el cuello. Almagro (1977, 77) opinaba que las piezas macizas, como las de Garrovillas y Carrapata, pertenecían al Bronce Final por sus relaciones formales con el colgante del depósito del río Sil; en cambio las huecas serían más específicas de la Edad del Hierro. Estos objetos, aunque producciones locales, debemos entenderlos como objetos de prestigio (Celis, 2002, 115), equiparados con otros tipos de piezas, tales como algunos cetros, torques, etc.

Aretes de morcillón afines los encontramos de nuevo en Lara de los Infantes (Luis Monteverde, 1958, 196 y 199) y en el ejemplar aislado del castro de Solarana (González Salas, 1953, lam. XVIII). Parece ser que los 17 aretes hallados en Lara, algunos de los cuales son huecos, irían asociados a una varilla hueca si bien de ella sólo se conserva un fragmento

(Schüle 1969, Taf. 156 1 y 2); lo normal, no obstante, sería que cada ajorca tuviese doce aretes (Sanz Mínguez 1997, 407).

Varias de estas piezas aparecen como colgantes aislados, particularmente los huecos, puesto que nunca han aparecido ensartados. La práctica totalidad de los excavados en la tumba 51 de la necrópolis de La Polera sí se encontraron ensartados; por lo tanto podríamos decir, teniendo en cuenta que todos son macizos, que forman un conjunto completo.

La dispersión de los hallazgos se centra en la mitad occidental de la península, con ejemplos desde Sevilla a Galicia, sobre todo en la Meseta y Portugal (Maluquer 1958, 74-80; Del Amo 1978, 308-315; Gomes, Domingo 1983; Fernández Gómez 1986, 782-785; Esparza 1988, 127-128; González-Tablas 1990, 20-21; Sanz Mínguez 1997, mapa 17;). El modelo parece tener un origen mediterráneo y tanto Maluquer como Savory eran de la opinión de que nos hallábamos ante producciones indígenas que gustaban de imitar objetos levantinos y meridionales. Es precisamente en el sur de la península donde surge a imitación de los modelos de esta oriundez (Piñel, 1976, 361) habiendo alcanzado en la península su fisonomía característica. No se corresponde con contextos de la Segunda Edad del Hierro -como pensaba Leite de Vasconcelos- sino de la Primera en cuyas últimas etapas alcanza mayor difusión. Este tipo de piezas se conocen en León (fechados entre los siglos VI y V -Celis, 1996, 152-153; idem, 2002, 115-), Sanchorreja (Maluquer 1957, 251-256; 1958, 73-75; González Tablas 1990, 221, fig. 3), Berrueco (Piñel 1976, 361; Maluquer, 1959, 91-92), Candeleda, Cáparra y Alconétar en Cáceres, S. Esteban del Sil (Almagro Basch 1954, 26, fig. 12; López Cuevillas 1955, 233 ss.), el ejemplar depositado en el Museo Arqueológico de Sevilla (Fernández Chicarro 1951, 321, lám. XXXVIII, 1). Por lo que respecta a Portugal está presente en yacimientos como Alcacer-do-Sal (Schüle, 1969, Taf. 89, 1-4, 108, 11-16), Lagoa, castro de Cendufe (Arcos de Valdevez), Terras Frias (Beja), castro de Azougada, Mértola, Condeixa-a-Velha, Monte Redondo y el Museo de Belem (Schüle, 1969, Taf. 111, 13). Como bien señala Piñel (1976, 361), en todos los yacimientos existe una coincidencia en el grado de asociación de materiales, salvo el ejemplar de S. Esteban de Sil que apareció con un puñal de lengüeta y empuñadura calada. La asociación con broches romboidales y de escota-duras cerradas con tres garfios, si seguimos la cronología apuntada por Cuadrado y Cerdeño, nos conduciría a los siglos VI y V a.C. aunque nos parezcan en principio un poco altas. En el caso del castro de Azougada estos aretes aparecen ligados a cerámica griega de figuras rojas, fechada de modo general en el siglo V. En Alcacer-do-Sal y Lagoa la cronología se remonta a los ss. VI-IV. En consecuencia, aun cuando pueden arrancar desde el siglo IX (Sanz Mínguez 1997, 207) su mayor desarrollo se desenvolvería en las centurias VI y V a.C.; algunos ejemplares son, incluso, de cronología más avanzada; nos referimos a las piezas de las Paredejas del cerro del Berrueco (Piñel, 1976, fig. 8) o las de Solosancho y Candelada (Moliner, 1958, nota 36, 50). En nuestro caso, centrándonos básicamente en el ajuar de la tumba 51 con la fíbula de doble resorte, estaríamos -por la asociación con el resto de materiales- en torno a la segunda mitad del siglo V o, quizás, a comienzos del IV.

Un segundo lote de materiales, implicados en el segmento cronológico comprendido desde el siglo IV hasta siglo III, es el constituido por el fragmento de *placa de tipo Bureba*, el *pasador de correa* con cupulitas, la *fíbula anular hispánica de puente ancho abombado*, los *arreos de caballo*, las dos *bolas de piedra* y otras placas de no muy clara identificación. Dicho grupo encaja en el horizonte cultural y cronológico de Miraveche. La placa de tipo Bureba corresponde al *Tipo I B* de Sanz Mínguez. Aparte de la común asignación tipológica hemos de destacar otro hecho indicado por este autor a propósito de Padilla (1991, 115-116)

que redonda sobre el origen de este tipo de piezas. Nos estamos refiriendo a la circunstancia de que son los yacimientos de esta región burgalesa los que han dado mayor número de piezas. Se repiten en Miraveche, Sasamón, Soto de Bureba, Ubierna... En dos de los casos, Monte Bernorio (dos piezas) y Villamorón (una pieza), se trata de ejemplares que marcan la transición entre los tipos *IA* y *IB*. Es corrientemente admitida la evolución de estas placas desde los broches célticos de un solo garfio, como ya dijera Schüle (1969, 135) y confirman Cerdeño Serrano y Sanz Mínguez. En estas tierras hay presencia de las piezas célticas y fue aquí donde empezaron a modificarse ciertos elementos formales que configuraron este modelo tan fecundo en estas tierras durante todo los siglos IV y III a.e.

Interesante es también otra pieza, el llamado "*pasarriendas*" o "*pasador de correa*" (fig. 5, nº 3), vinculada al atalaje del caballo (sin coincidencia con los así llamados por Kurtz en Las Cogotas). Son de bronce, con una perforación longitudinal en uno de cuyos lados largos aparecen cuatro conos huecos. Son de bronce y se documentan en Miraveche (Schüle 1969, Taf. 141 nºs 39, 40, 41 y 42 –tumba 36-, Taf. 143 nºs 26 y 27 –tumba 38-), más otra procedente del castro de Lara de los Infantes (Luis Monteverde 1958, 442; 1969, 234, fig. 6, 4), sin contexto específico definido ya que se excavó tanto en el poblado como en una parte de la necrópolis. Fuera de éstas no se conocen otras y no se registra su presencia, por ejemplo, en las necrópolis del alto Ebro como señala Llanos (1990, 139, fig. 6). Desconocemos si pudo estar presente en los poblados, algo que no sorprendería por las similitudes entre algunos yacimientos de La Bureba y Álava, como La Hoya y Carasta.

De Miraveche proceden, según Schüle, tres ejemplos (tumbas 36 –uno- y 38 –dos-) que, curiosamente, son de los pocos objetos que coinciden con la distribución de tumbas en las fichas del Museo de Burgos revisadas por nosotros (Ruiz Vélez, 2001, 74 y 75) con leves salvedades (en la tumba 36, Schüle cita tres piezas y en las fichas del Museo son cuatro; en la tumba 38 son dos). En 1973 ingresaron unos materiales procedentes de excavación entre los cuales figura una pieza muy similar a ésta, excepción hecha de los apéndices cónicos muy esquematizados (Schüle, 1969, Taf. 150, 8).

La única pieza de esta naturaleza de La Polera (Ubierna) –recordamos que la necrópolis de Fuentesanz es también tumular- se encontró, tumba 130, incompleta sin llegar al acabado de las piezas de Miraveche; sin embargo, qué duda cabe, pertenecen a contextos arqueológicos relacionados en los que parece deducirse una cierta diacronía y dependencia cultural.

La fibula de puente ancho abombado (fig. 3, nº 2) es una pieza hecha a molde y desde luego no alcanza la calidad de las doce encontradas en la necrópolis de Villanueva de Teba (Ruiz Vélez, 2002, 607-617), pertenecientes a momentos inmediatamente posteriores y con una decoración plástica –nos atrevemos a decir- de extraordinaria factura y belleza. Tipológicamente corresponde a las denominadas por Cuadrado (1960, 93) "fibulas anulares de puente ancho abombado con decoración de clavos", tipo 7 variante a), cuyas características describió magistralmente; esta clasificación es seguida por Martín Montes (1984, esquema 4). Son escasos los hallazgos conocidos, limitándose a ocho ejemplares, la mayoría procedentes del área castellana. Dos de ellas, procedentes de Toledo y de la Meseta Norte, están depositadas en el MAN, nºs 23.028-23.029 (Martín Montes 1984, figs. 4, 4-5, 4 1-3). En la colección Monteverde, ahora en la Fundación Fontaneda, había otra pieza procedente de Quintanabureba (Cuadrado 1960, 81, fig. 4, 6-10; Schüle 1969, Taf. 164, 19; Luis Monteverde 1966-68, 231-232, fig. 3, 1-3). La cuarta de ellas se encuentra en el Museo de la Facultad de Filosofía y Letras de Santiago de Compostela (Cuadrado 1960, 81, fig. 5, 1-4).

Todas ellas presentan variedades formales, poco significativas, pero conservando los mismos elementos decorativos. El ejemplar más sencillo del grupo es la pieza procedente de La Custodia, en Viana (Castiella 1977, 81, fig. 67, 6, lám. XXIII, 12) el cual resumen bastante bien las características esenciales. Finalmente habría que añadir dentro de la variante b) de Cuadrado la depositada en el Instituto Valencia de D. Juan (Cuadrado 1960, 81-82, fig. 5, 5-7; Schüle 1969, Taf. 174, 19), MAN, n° 23.032 (Cuadrado 1960, 82), la del tesoro de Arrabalde (Delibes, Martín Valls 1982) y la de San Martín de Torres, León (Delibes 2002, 211-224).

Aparte de la decoración, es necesario tener en cuenta sus dimensiones. Estamos ante piezas macizas, muy pesadas por tanto, con los inconvenientes que en principio esto conlleva. Si a ello añadimos el tamaño la impresión que causan es espectacular acentuada, si cabe, por la decoración plástica. Se asemejan a algunas piezas italianas de finales del siglo II y siglo I que también llaman la atención por su volumen y la vistosidad ornamental. Por lo que respecta a las proporciones son bastante uniformes lo cual puede contribuir a la idea de que constituyan un grupo independiente perfectamente definido respecto a las demás anulares. Ahora bien, dentro de sus dimensiones, cabría matizar algunos grupos como serían el representado por las piezas de tamaño grande (entre los 60 y los 100 mm.) y el de las fibulas de menor tamaño (entre 50 y 60 mm.), de acuerdo con los criterios establecidos por Cuadrado (1960, 6-7) y Argente (1974, 190). Estas proporciones hacen suponer a Cuadrado que las fibulas mayores servían para sujetar los gruesos mantos de lana, del género de los que aparecen en el torso de Elche o en el exvoto de un guerrero de El Cigarralejo.

La dispersión de estas piezas es otro aspecto no menos interesante. Cuadrado las considera típicas, una de las manifestaciones más representativas de la industria bronceada del Norte de la Meseta. Por nuestra parte queremos señalar que las piezas más importantes, las de mejor ejecución y decoración más cuidada, provienen del territorio de las actuales provincias de Burgos y Palencia. El resto de los hallazgos están en función del núcleo anterior. En el caso del ejemplar de la Facultad de Santiago la procedencia es desconocida; el de La Custodia en Navarra representa, por sus características, una producción local que ha copiado modelos producidos en el norte de la Meseta; el de Toledo, según Cuadrado (1960, 88), puede considerarse un producto de exportación. Así pues, el núcleo de esta eclosión puede situarse en la Bureba, como parecen subrayarlo los hallazgos de Miraveche, Monte Bernorio, Soto de Bureba (Abásulo, Ruiz Vélez 1979, 117-119) y Villanueva de Teba. Con todo no ignoramos que en Miraveche no ha aparecido ningún ejemplar, una rareza si tenemos en cuenta la riqueza de los ajuares de su necrópolis y la variedad de tipos, en cuanto a fibulas se refiere, representados.

Respecto a la cronología confirmamos lo expuesto por Cuadrado y Martín Montes. La mayoría de las fibulas proceden de hallazgos casuales, no de excavaciones sistemáticas, salvo el grupo más nutrido de Villanueva de Teba. Todo esto implica muchas reservas pero lo que demuestra categóricamente esta necrópolis es la cronología tardía de estas producciones. Las fibulas de anillo grueso con cartela (tipo 4g de Cuadrado) habría que situarlas en los siglos III y II a. e. En aquellas de puente ancho abombado que conservan la cartela transformada en un campo decorativo en la cabecera del puente a base de motivos incisos e hiladas de botones - como en nuestro caso- indicaría cronologías avanzadas. Si a esto añadimos la presencia de motivos plásticos que parecen fecharse a finales del mundo indígena, concluiríamos postulando que estas fibulas deben llegar a los siglos. II y I a.e. Téngase en cuenta que fue en la segunda centuria cuando se produjo un cambio en el gusto estético y artístico manifestado en una abigarrada decoración, circunstancia que se da en muchos tipos de piezas (recordemos lo dicho

en las placas de tipo ibérico). En las piezas más significativas de los dos tipos, estas modificaciones apuntan a cambios producidos en el orden social.

El resorte de muelle poco indica salvo que es específico de la Meseta puesto que el modelo conocido como “*tipo II*” es el más utilizado y debió de usarse desde mediados del siglo V hasta los siglos IV y III, según opinión de Argente (1974, 199). Sin embargo la sección triangular del muelle, que supuso un avance técnico, coincide con la máxima expansión broncista, por lo tanto posterior al siglo III. De otra parte está también la peculiaridad del sistema de resortes mixto, tanto funcional como decorativo. Este último encaja en la concepción artística de carácter barroquizante, en el gusto por lo aparatoso, por los elementos plásticos, que caracteriza a estas producciones de fibulas, en consonancia con otros modelos de piezas a las que ya hemos aludido. Poco tiene que ver con los gustos de otros pueblos de la Meseta en estos mismos momentos y su origen, siempre problemático cuando es peculiar, hay que explicarlo por los influjos venidos del otro lado de los Pirineos mejor que por la vía de la influencia del mundo ibérico. Quizás pueda tratarse de un islote dentro de ese contexto meseteño pero no hay criterios suficientes, de momento, para establecer una hipótesis fundada.

Todas estas fibulas de puente ancho abombado están fundidas, incluso la de caballito, así como todos los modelos que se comentan a continuación. Este dato es importante no sólo desde el punto de vista tecnológico -en cuanto sirve como elemento para definir y unificar un conjunto- sino también porque tiene unas implicaciones cronológicas. Las fibulas anulares hispánicas fundidas significan la última evolución del modelo (Argente, 1994, 76) y, por tanto, con implicaciones cronológicas que llevan a fechas ya tardías. Este proceso de fundición comenzaría a desarrollarse a partir de finales del siglo IV o comienzos del III y se emplearía hasta el siglo I a.e. En la necrópolis de las Ruedas se han encontrado precisamente aquellas piezas que representan la aplicación de la tecnología de fundición a la par que conservan algún elemento del modo de fabricación anterior. (Sanz Mínguez 1997, 363). Corresponden al tipo 6D de Argente que, aparte de otras peculiaridades, se caracterizan por ser “piezas muy adornadas, barrocas en algunos casos, que permiten ofrecer variedades de los ejemplares y mantener de esa forma su mercado” (Argente, 1994, 76). Este mismo autor integraba en este tipo el denominado por Cuadrado tipo 7, asignándole una datación desde mediados del siglo II a principios del siglo I a.C.

Finalmente, el último grupo de materiales es aquel cuyas fechas no indican una posterioridad al siglo III, es decir, durante los siglos II y I a.e. Nos referimos al resorte de doble ballesta de una fibula, verosíblemente de cazoleta (fig. 3, nº 3), de la que tenemos los mejores paralelos en la necrópolis del s. II de Villanueva de Teba (Ruiz Vélez 2002, 628-644). También hay un fragmento de una fibula anular hispánica de puente ancho uniforme (fig. 5, nº 1). Su referencia cronológica, según los estudios de Cuadrado, es la del s. II debido ante todo a las características formales (Cuadrado 1960, 82-84). El hallazgo de Villanueva de Teba, por citar la más próxima, conviene a este momento y certifica el contexto arqueológico al que pertenece este tipo de piezas. La decoración de roblones es, a mayores, un tema recurrente en las fibulas de este yacimiento siendo un elemento de unión que nos indica, por una parte, la existencia de un taller o talleres específicos propios de esta zona y, por otra, unos gustos artísticos muy concretos en los que, junto a los elementos plásticos, se une esa tendencia a decorarlo todo, especie de horror vacui tomado de la orfebrería que se ve tanto en el arte lateniense como en el ibérico pues, a la vista de los nuevos descubrimientos, estamos convencidos de que estas piezas tienen que ver, ahora sí, con la orfebrería ibérica.

El broche en forma de anzuelo (fig. 3, nº 4, 6 y 8) también nos lleva a cronologías avanzadas. En principio parece vincularse a los cintos de finas cadenas vinculados en Europa a ajuares femeninos, con amplios paralelismos en Europa desde el Bronce Final y, sobre todo, en el mundo de La Tène (Dechelette 1927, III, 736-741). Estas cadenas son de dos tipos: las simples formadas por anillitas entrelazadas y las más sofisticadas de eslabones rígidos, a veces decorados, que unen las pequeñas anillas. En nuestro caso estamos ante simples tiras de bronce -en Miraveche podemos reconocer un ejemplar simple (Schüle 1969, Taf. 143, 15)- que conforman eslabones, sin alcanzar la belleza de los hermosos y finos ejemplares latenios. Estas piezas son las que Sanz Mínguez denomina broches de doble anzuelo (1997, 395-398). La mayoría de las piezas inventariadas (Sanz Mínguez, 1997, fig. 222) se dispersan por Asturias en Caravia (Escortell 1982, 74, fig. 352), San Chuis de Allande (Escortell 1982, 66-67, fig. 296), Campa Torres (Maya 1988, 105-106; Maya, Cuesta 1992, 48), Museo de Oviedo (Maya 1983, 246; 1988, fig. 23 F); en León Morgrovejo (Luengo 1940, 173, fig. 3 nº 9, 10 y 12; Gutiérrez 1985, fig. 16, 4-5), Museo Arqueológico de León (Mañanes 1983, 404, lam. II, 32), El Castrelín (Fernández-Posse et alii 1993, fig. 4), Sulcastro de Quintanilla de Babia (Morán 1949, fig. 5; Gutiérrez 1985, fig. 16, 2), La Majúa (Gutiérrez 1985, fig. 12, 3-4, lám. IV 1; Celis 1993, 42), Villasabariego (Gutiérrez 1985, fig. 16, 1), Mansilla de las Mulas (Cuadrado 1963, fig. 1 e; Fernández Manzano 1986, 130, fig. 42, 1); en Zamora, Dehesa de Morales, Fuentes de Ropel (Celis 1990, 473, fig. 3); en Palencia, Castromocho (Barrientos 1934-35, 413, fig. 3), Monte Bernorio (Navarro 1939, 237), Museo Arqueológico Nacional (Taracena 1947, 121), La Morterona, Saldaña (Abásulo et alii 1984, fig. 23, 4); en Valladolid, Las Ruedas y Las Quintanas de Padilla de Duero (Sanz Mínguez 1997, fig. 183 nº 747-755), Museo Arqueológico de Valladolid (inédito); en Segovia, Coca (Blanco 1988, 46); en Soria: Numancia (Jimeno, Fernández, Revilla 1990, 62, fig. 71); en Álava, La Hoya (Caprile 1986, 114-115 y 207, lam. XVII); en Navarra, Viana (Labeaga 1987, fig. 2, 4-7 y fig. 3, 1-3.). Todas ellas están forjadas como sucede, obviamente, en la pieza que nos ocupa. Habría que añadir a este catálogo las más próximas de Villanueva de Teba (Ruiz Vélez, 2002, 581-583) y Soto de Bureba (Parzinger, Sanz, 2000, lam. 64, 438); esta última se encontró en un nivel -Soto II- con cerámicas pertenecientes a la fase tardía del celtiberismo (siguiendo las tipologías y seriaciones de Sacristán para las tierras burgalesas); es decir, unas fechas comprendidas dentro del siglo I a.e. y, sobre todo, después de los acontecimientos de las guerras sertorianas. A esta modalidad de piezas forjadas corresponden, junto con la de Rodilla, todas las de Las Ruedas, las asturianas, las leonesas (excepto la del Castrelín y una del Museo Arqueológico de León), la zamorana, la palentina de Castromocho, la de Soto de Bureba, las de Villanueva de Teba y la segoviana de Coca. Ciertamente existen diferencias morfológicas entre ellas en cuanto a la forma del junco y el sistema de cierre, bien mediante un remache (San Cuis y Sulcastro) bien mediante el sistema más habitual de un enrollamiento de fino alambre cuyo ejemplo más conseguido es precisamente el de prospección de Villanueva de Teba, eso sí sin desmerecer el bello ejemplar de orfebrería zamorano de Ramallas (Esparza, 1983, 39-45) o el colgante de plata encontrado en Coca (Blanco García, 1988, 46-55); esta pieza segoviana presenta la misma forma pero con una decoración más abigarrada que llevó a pensar a Blanco en la representación de un lobo o un macho cabrío. Fuera o no así, lo que es evidente es la innovación del elemento plástico en la decoración.

Los ejemplares que presentamos disponen de otro motivo decorativo formado por un hilo muy fino de bronce que enlaza el junco del colgante desde donde arrancan las bolas hasta la mitad del puente en uno de cuyos lados se enrolla. Esto ocurre en los ejemplares de las

tumbas 20 y 29 y en el ejemplar de prospección de Villanueva de Teba. Parece indicar un gusto por lo sinuoso, por la utilización de elementos torsionados y plásticos de forma globular. Alambres finamente enrollados los encontramos en algunas piezas del sur como en el tesoro de Los Almadenes de Pozoblanco (Santos Gener 1942, 73, lám. XXVII) o en el de Santiago de La Espada (Cabré 1943, fig. 9) donde aparecieron unas fibulas argéneas de La Tène que llevan en el puente ese alambre enrollado. Un paralelo más cercano lo tenemos en las dos soberbias fibulas anulares en oro del tesoro de Arrabalde en Zamora cuyos anillos están rodeados de un hilo del mismo metal. El paralelismo de este elemento, presente en piezas aparentemente tan dispares, nos está apuntando una vez más hacia fechas muy tardías, dentro del s. II e incluso del s. I a.e. (Delibes, Esparza 1989, 128)

En este contexto de los siglos II-I a.e. habría que incluir la pieza nº 25 de nuestro inventario (fig. 3, nº 10) que parece corresponder a uno de los dos anillos que sujetan la estructura del empuñe del puñal tipo IV de Villanueva de Teba (Ruiz Vélez, Elorza 1997, 285-290; Ruiz Vélez 2002, 453-490). Acaso la pieza nº 23 (fig. 6, nº 1) corresponda al sistema de enganche específico de ese tipo de puñal. Sin embargo, la contera, pieza nº 24 (fig. 6, nº 2), no corresponde a un modelo indígena y pudiera hacernos pensar –insistimos– en una pieza de puñal romano o de época romana.

Las cerámicas, algunas acanaladas otras no, tienen los típicos perfiles bicónicos y parecen definirse dos formas básicas. Por un lado tenemos los fragmentos que corresponden a urnas (fig. 7, nºs 3-5, 7) cuyos paralelos más evidentes los tenemos significativamente en las urnas de la necrópolis tumular de La Polera (Ruiz Vélez 2001, 28-36; Ruiz Vélez, Abásolo, Rodríguez, Castillo, Negro 2004, e.p.) cuyos rasgos morfológicos más importantes son el labio recto inclinado hacia fuera, cuello troncocónico en el que se ubica la decoración, panza de desarrollo semicircular y pie anular alto y trococónico. Están hechas a mano, con pastas poco decantadas y mucho gránulo cuarcítico y calizo. Hay que relacionarlas con los Campos de Urnas que llegan a estas tierras a través de la expansión del horizonte representado por Cortes de Navarra-El Redal concretamente el nivel PIII (850-700) del primero y el nivel III (700-650) del segundo (Álvarez, Pérez Arrondo 1987, fig. 26 y 27). En otros ambientes se correspondería con los niveles Castillo de Henayo III y nivel B de La Hoya.

Las inscripciones romanas

En verdad son escasas las inscripciones romanas contabilizadas en Rodilla e inmediaciones, siete en concreto, sin que afecte, evidentemente, a exagerar o infravalorar la condición de *Tritium*, cuya verdadera naturaleza vendrá marcada por reconocimientos más precisos, como bien da a entender la fotografía aérea. Tampoco es de extrañar esta menguada representación si tenemos en cuenta que ni las vecinas *Virovesca* (ha deparado una sola inscripción, desaparecida) y Cerezo del Río Tirón (otra inscripción aislada, conocida a partir de un manuscrito de Silos), dos poblados semejantes al de Rodilla y comunicados con éste por sendas vías, han sido más generosos, epigráficamente hablando. Frente a ello, yacimientos hispanorromanos relativamente cercanos como Poza de la Sal, Lara de los Infantes o Belorado, ciudades con condición jurídica más o menos definida, sí nos han legado un número considerable de textos epigráficos.

Las inscripciones son las siguientes:

Votivas

1.- Col. Particular. *Fortu/nae / Lic(inius) Ca/pito / p(ecunia) s(ua) s(oluit)*.

Bibl.- Alonso 1972-1973, 213-214; AE 1975, 517.

Funerarias

2.- Desaparecida. (Sol / luna). *Val(erio) Flavo*

Bibl.- Flórez 1877, 165; Méndez 1860, 254

3.- Desaparecida. Archivo Photo Club. Procedencia: castillo

D(is) m(anibus) / Anto[ni]o Pater(no) [P]ater(ni) f(ilio) an(forum) / LIII (?)

Bibl.- Albertos, Abásulo 1976, 190-191; AE 1977, 454; Abascal 1994, 82

En AE y Abascal: *Anto[ni]us Pater(nus) [P]aterni f.* Nuestra reconstrucción con el nombre en dativo se comprueba de manera evidente en la fotografía del Archivo Photo Club

4.- Col. Particular. *D(is) m(anibus) m(onumentum) / Ter(entius) Imet(us) pos(uit) / Ann(ae) f(iliae) / ann(orum) III*

Bibl.- Alonso 1972-1973, 214-216; AE 1975, 518.

5.- Museo de Burgos. *Calpurn[io S]aturnin[o S]imilis f(ilio) [an(norum)] / LXX*

Bibl.- Alonso 1972-1973, 216-217; AE 1975, 519; Abascal 1994, 106.

Abascal reconstruye el nombre en nominativo y atribuye la inscripción a Lara de los Infantes .

6.- Museo de Burgos. Fuentebeza. Estela semicircular no decorada. *D(is) m(anibus) / Antonio M/aterno Veni / f(ilio) an(norum) XXXX*

Bibl.- Abásulo, Alonso, Sáinz 1982, 163-164, 167.

7.- Museo de Burgos. Fuentebeza. Estela semicircular con hexapétala incisa *Quemie B[ou]/dice an(norum) XL*

Bibl.- Abásulo, Alonso, Sáinz 1982, 164, 168.

Entre las siete inscripciones destaca una votiva (nº 1) con advocación a la diosa Fortuna hecha por un individuo de onomástica latina. La Fortuna, alegoría frecuentemente reproducida en las acuñaciones imperiales, fue venerada en el valle del Duero de modo preferente por gentes de la milicia (Solana, Hernández 2000, 215-216) y la inscripción tritiense, por su reducido tamaño -en realidad es un árula-, hace suponer que la modesta dedicatoria modesta se dispusiera en algún santuario local o, mejor aún, en un doméstico larario.

La mayoría, como es habitual, son funerarias. La nº 2, desaparecida, fue reconocida por Flórez, y presentaba la particularidad de acompañar el epitafio de un ciudadano, de onomástica latina, con la representación de un disco solar y un creciente como parece intuirse por el somero comentario del sabio agustino. La nº 3 también desapareció, si bien en fechas más recientes puesto que disponemos de una vieja fotografía del otrora excelente archivo artístico burgalés Photo Club. El nombre es asimismo romano con filiación de índole peregrina.

En este caso de la inscripción de *Terentius Imetus*, la más tardía de todas a juzgar por la fórmula del encabezamiento, si la reconstrucción del *cognomen* es la adecuada (Abascal lo conecta -acertadamente a nuestro juicio- con el *cognomen Hymetus*, nombre del monte griego famoso por su miel) existiría una dedicación de personaje indígena a personaje con nombre

gentilicio romano. En cuanto a *Calpurnio Saturnino* y *Antonio Materno* son nombres muy comunes dentro del mismo horizonte epigráfico de la ciudad: nombres latinos con filiación referida al *cognomen* paterno. Una variante en cuanto a la onomástica es la introducida por la onomástica de la última inscripción. *Quemia* / *Coemea* es un nombre común en el centro epigráfico de Lara como lo es también el segundo nombre que le acompaña, *Boudica*. Estas dos inscripciones proceden del yacimiento de Fuentebeza y, a falta de mejores evidencias, localizaríamos aquí la necrópolis, junto a la vía de acceso a la ciudad.

Por lo que respecta a las decoraciones, solamente el detalle apuntado por Flórez (de tipo astral) y la rosácea incisa de seis pétalos de la estela de *Quemia* escapan de un panorama monótono en el que la inscripción del Museo de Burgos dedicada a *Antonio Materno* ofrece la expresión más escueta de una estela semicircular desnuda de ornamentación, tan habitual, por contra, en las escuelas del Duero.

Bibliografía:

- ABASCAL, J.M. 1994: *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, Murcia.
- ABÁSOLO, J.A. 1975: *Comunicaciones de la época romana en la provincia de Burgos*, Burgos.
- 1978: *Las vías romanas de Clunia, Excavaciones de Clunia I*, Burgos.
- 1985: "Época romana", *Historia de Burgos I. Edad Antigua*, Burgos, pp. 285-392.
- ABÁSOLO, J.A., ALONSO, J.M., SÁINZ, F. 1982: "Nuevas inscripciones romanas procedentes de Briongos y Monasterio de Rodilla", *BIFG*, 198, 1982, pp. 161-168.
- ABÁSOLO, J.A., CORTES, J., PÉREZ, F., VIGHI, A. 1984: *Excavaciones en el yacimiento de La Morterona, Saldaña (Palencia)*, Palencia.
- ABÁSOLO, J.A., RUIZ VÉLEZ, I. 1977: *Carta arqueológica de la Provincia de Burgos. Partido Judicial de Burgos*, Burgos.
- AE: *Année Epigraphique*
- ALBERTOS, M.L., ABÁSOLO, J.A. 1976: "De epigrafía romana. Inscripciones de Briviesca, Monasterio de Rodilla y Lara de los Infantes", *Durius*, 4, pp. 190-191.
- ALONSO PASCUAL, J.M. 1972-1973: "Elementos romanos en la Antigua Tritium", *Zephyrus*, XXIII-XXIV, 1972-1973, pp. 217-219.
- ÁLVAREZ, P., PÉREZ ARRONDO, C.L. 1987: *La cerámica excisa de la primera Edad del Hierro en el valle alto y medio del Ebro*, *Historia* 8, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño.
- ARGENTE, J.L. 1994: *Las fibulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural, Excavaciones Arqueológicas en España* 168.
- ARIAS, G. 1991: "El miliario de Villanueva de Argaño y las rutas antoninianas burgalesas", *El Miliario Extravagante*, 32, pp. 2-5.
- BARRIENTOS, J. 1934-35: "Exploraciones arqueológicas en la provincia", *BSAA* VII-IX, 413.
- BLANCO, J.F. 1988: "Coca arqueológica", *Revista de Arqueología* 81, pp. 47-55.
- BLÁZQUEZ, A. 1916: "Reconocimiento de algunas vías romanas del valle del Duero. Memoria de los resultados obtenidos en los viajes y excavaciones practicadas en el año 1915", *Mems.JSEA*.
- CAMPILLO, J. 1985: "Memoria de las excavaciones realizadas en el término de Tablada de Rudrón (Burgos), El túmulo de Tablada de Rudrón (Burgos)", *NAHisp.* 26, pp. 7-86.
- 1985-86: "Localización de la ciudad prerromana de Tritium Autrigonum", *Kobie* XV, pp. 223-228.

- CAPRILE, P. 1986: "Estudio de los objetos de adorno del Bronce Final y de la Edad del Hierro en la provincia de Álava", *EAA* 14, pp. 7-416.
- CASTIELLA, A. 1977: *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*, Pamplona.
- CASTILLO, B. 1996: "Los torques de plata de Monasterio de Rodilla", *AEspA* 69, pp. 227-238.
- CEÁN BERMÚDEZ, J.A. 1832: Sumario de las Antigüedades Romanas que hay en España, Madrid.
- CELIS, J. 1990: "Aportación para el estudio de la secuencia ocupacional de la Dehesa de Morales, Fuentes de Ropel (Zamora)", *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora 2. Prehistoria-Mundo Antiguo (Zamora 1988)*, pp. 467-495.
- CERDEÑO, M.L. 1978: "Broches de cinturón peninsulares de tipo céltico", *Trabajos de Prehistoria* 35, pp. 279-306.
- CERDEÑO, M.L., GARCÍA HUERTA, R. 2001: "Las necrópolis celtibéricas: nuevas perspectivas de estudio", en GARCÍA HUERTA, R., MORALES, J. (coord.) *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*, Cuenca, pp. 141-190.
- CUADRADO, E. 1960: "Fibulas anulares típicas del Norte de la Meseta Castellana", *AEspA* XXXII, pp. 64-97.
- 1963: "Precedentes y prototipos de la fibula anular hispánica", *TP* VII, Madrid.
- DECHELETTE, J. 1927: *Manuel d'Archeologie Prehistorique celtique el galloromaine. III Première Âge du Fer ou Epoque de Hallstatt*, París.
- DELIBES, G. 2002: "El tesoriillo de Las Motas (San Martín de Torres, León), nuevo documento para el estudio de la orfebrería prerromana en territorio astur meridional", en BLAS, M.A. de, VILLA, A., *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña. Coloquios de Arqueología de la cuenca del Navia*, Navia, pp. 211-224.
- DELIBES, G., ESPARZA, A. 1989: "El oro en la España Prerromana", *Revista de Arqueología* (monográfico especial), Madrid, pp. 108-129.
- ESCORTELL, M. 1982; *Catálogo de las Edades de los Metales del Museo Arqueológico*, Oviedo.
- ESPARZA, A., 1978: "Notas sobre la facies Cogotas I en la provincia de Burgos", *Masburgo* I, pp. 74-79.
- FLÓREZ, E. 1877: *La Cantabria*, Madrid.
- GARCÍA-SOTO, E. 1990: "Las necrópolis de la Edad del Hierro en el alto valle del Duero", *II Simposio sobre los celtíberos. Necrópolis celtibéricas*, Zaragoza, pp. 17-33.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J.A., 1985: *Poblamiento antiguo y medieval en la montaña central leonesa*, Instituto Fray Bernardo de Sahagún, León.
- LORRIO, A. 1994: "La evolución de la panoplia celtibérica", *Madrider Mitteilungen* 35, pp. 212-257.
- 1997: *Los celtíberos*, Alicante.
- LUENGO, J.M. 1940: "El castro de Morgovejo (León)", *Atlantis*, pp. 170-177.
- LUIS MONTEVERDE, J. 1958: "Los castros de Lara (Burgos)", *Zephyrus* IX, pp. 191-199.
- LLANOS, A. 1990: "Necrópolis del alto Ebro", *II Simposio sobre los celtíberos. Necrópolis celtibéricas*, Zaragoza, pp. 137-148.
- MADOZ, P. 1848, *Diccionario Geográfico-Histórico-Estadístico de España y sus posesiones de Ultramar*, XI, Madrid.
- MALUQUER, J. 1958: "El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico II", *Excavaciones en Navarra*, VI, Pamplona.
- MAÑANES, T. 1983: *Arqueología vallisoletana II. Torozos, Pisuerga y Cerrato (Estudios arqueológicos de la Cuenca del Duero)*, Valladolid.
- MARTÍN MONTES, M.A. 1984, "La fibula anular hispánica en la Meseta peninsular I. Origen y cronología, estructura y clasificación cronológica", *BAEAA* 19, pp. 36-46.

- 1984, “La fibula anular hispánica II. Su distribución tipológica-geográfica. Algunas piezas de interés”, *BAEAA* 20, pp. 35-43.
- MARTÍNEZ DÍEZ, G. 1983: *Las Comunidades de Villa y Tierra en la Extremadura castellana*, Editorial Nacional, Madrid.
- 1987: *Pueblos y alfozes burgaleses de la repoblación*, Junta de Castilla y León, Valladolid.
- MAYA, J.L. 1983: “La cultura castreña asturiana. Su etapa romano-provincial”, *Lancia* 1, pp. 221-262.
- 1988: “La cultura material de los castros asturianos”, *Estudios de la Antigüedad* 4/5, Universidad Aut. Barcelona.
- MÉNDEZ, F. 1860: *Noticias sobre la vida, escritos y viajes del Rmo. P. Mtro. Fr. Enrique Florez*, Madrid.
- NAVARRO, R. 1939: *Catálogo Monumental de la Provincia de Palencia. Partidos de Cervera de Pisuerga y Saldaña*, Palencia.
- NEEF, R. 2000: “Umwelt und Landwirtschaft”, en PARZINGER, H., SANZ, R., *Das castro von Soto de Bureba*, Deutsches Archäologisches Institut, pp. 219-240.
- PARZINGER, H., SANZ, R. 2000: *Das Castro von Soto de Bureba. Archäologische und historische Forschungen zur Bureba in vorrömischer und römischer Zeit*, Deutsches Archäologisches Institut, Rahden/Westf.
- PARZINGER, H., SANZ, R., RUIZ VÉLEZ, I. 1993: “Die deutsch-spanischen Ausgrabungen in der Bureba (Prov. Burgos)”, *Germania* 71, 2, pp. 315-354.
- PASSINI, J. 1987: “El conjunto urbano de Tritium Autrigonum”, *Gerión* 5, pp. 281-287.
- ROLDÁN, J.M. 1975: *Itineraria Hispana: fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península*, Valladolid.
- RUIZ VÉLEZ, I. 2001: *El ritual funerario en las necrópolis burgalesas de la Edad del Hierro*, Burgos.
- 2002: *Ritual funerario y cultura material durante la segunda edad del Hierro en La Bureba. La necrópolis de La Cascajera en Villanueva de Teba (Burgos)*, Tesis doctoral mecanografiada. Burgos.
- RUIZ VÉLEZ, I., ELORZA, J.C. 1997: “Los puñales de la necrópolis “protohistórica” de Villanueva de Teba (Burgos)”, *BIFG* 215, pp. 273-303.
- SAAVEDRA, E. 1914: *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de Don Eduardo Saavedra el día 28 de diciembre de 1862*, Madrid.
- SACRISTÁN, J.D. 1998: “La Edad del Hierro en la provincia de Burgos”, *I Congreso de Arqueología Burgalesa*, Burgos, en prensa.
- SANZ, C. 1991: “Broches tipo Bureba. Tipología, cronología y dispersión”, *BSAA* LVII, pp. 93-130.
- SENTENACH, N., “La Bureba”, *BSocEspExc.*, 32, 1924, pp. 153-158.
- SOLANA, J.M., HERNÁNDEZ, L. 2000, *Religión y Sociedad en época romana en la Meseta Septentrional*, Valladolid.
- SOLIN, H., SALOMIES, O. 1988: *Repertorium nominum gentilium et cognominum Latinorum*, Hildesheim.
- SOPEÑA, G. 1987: *Dioses, Ética y Ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*, Zaragoza.
- SCHÜLE, W. 1969: *Die Meseta-Kulturen auf der Iberischen Halbinsel*, *Madridrer Forschungen* 3, Berlin.
- TARACENA, B. 1947: “Objetos de la necrópolis romana de Palencia”, *Adquisiciones del M.A.N. (1940-45)*, Madrid, pp. 83-105.
- URIBARRI, J.L. 1975: *El fenómeno megalítico burgalés*, Institución Fernán González, Burgos
- 1975-77, “Los silos de Estepar y Monasterio de Rodilla, Burgos”, *XIV C.A.N. Vitoria*, Zaragoza, pp. 465-470.